

EL BARCO
DE VAPOR

**Caperucita Roja
y otras historias perversas**

Triunfo Arciniegas

ILUSTRACIONES Mateo Rivano

Edición Fernanda Paz Casitillo
CORRECCIÓN Beatriz Peña
DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO Camila Cesarino Costa

Caperusita Roja y otras historias perversas

SEGUNDA REIMPRESIÓN febrero 2019
Del texto Triunfo Arciniegas 1993
De las ilustraciones Mateo Rivano, 1993
Ediciones SM, Colombia, 2015

carrera 85K # 46A.66, oficina 502
Complejo Logístico San Cayetano
PBX 595 33 44 Bogotá

www.literaturasincolombia,COM

soylector@grupo-sm.com

DEPÓSITO LEGAL HECHO

ISBN 978-958-773-543-7

Impreso en Colombia / Printed in Colombia.

Impreso en Colombia por Editorial Norma S.A.

Todos los derechos reservados. Bajo ls condiciones *establecidas en las leyes*, queda rigurosamente prohibida, sin *autorización escrita de los titulares copyright*, la reproducción total o *parcial* de esta obra por cualquier medio o procedimiento *comprendidos* la reprografía y el *tratamiento* informático.

A Marino troncoso,

Siempre en la memoria

CONTENIDO

Caperucita Roja		11
Los tres cerditos		21
La princesa y las pulgas	31	
El sapito que comía princesas	39	
EL señor de la barba azul	55	
El secreto de La princesa	75	
Fábula de la pequeña bella durmiente	87	
El país de las bellas durmientes	101	
La princesa, el gato y el diablo	115	
EL caballo del príncipe	127	
Las razones del lobo		137

Y la pobre niña, que no sabía que es peligroso
Pararse a escuchar al lobo.
CHARLES PER RAULT

- CAPERUCITA ROJA

ESE DÍA ENCONTRÉ en el bosque la flor más linda de mi vida. Yo, que siempre he sido de buenos sentimientos y terrible admirador de la belleza, no me creí digno de ella y busqué a alguien para ofrecérsela. Fui por aquí, fui por allá, hasta que tropecé con la niña que te decían Caperucita Roja. La conocía pero nunca había tenido la ocasión de acercarme. La había visto pasar hacia la escuela con sus compañeros desde finales de abril. Tan locos, tan traviosos, siempre en una nube de polvo, nunca se detuvieron a conversar conmigo, ni siquiera me hicieron un adiós con la mano. Que niña más graciosa. Se dejaba caer las medias a los tobillos y una mariposa ataba su cola de caballo. Me quedaba oyendo su risa entre los árboles. Le escribí una carta y la encontré sin abrir días después, cubierta de polvo, en el mismo árbol y atravesada por el mismo alfiler.

Una vez vi que le tiraba la cola a un perro para divertirse. En otra ocasión apedreaba los murciélagos del campanario. La última vez llevaba de la oreja un Conejo gris que nadie volvió a ver.

Detuve la bicicleta y desmonté. Me sacudí el polvo del camino y la saludé con respeto y alegría. Caperucita hizo con su chicle un globo tan grande como el mundo, lo estalló con la uña y se lo comió todo. Me rasqué detrás de la oreja, pateé una piedrecita, respiré profundo, siempre con la flor escondida. Caperucita me miró de arriba abajo y respondió a mi saludo sin dejar de masticar.

¿Qué se te ofrece? ¿Eres el lobo feroz?

Me quedé mudo. Sí era el lobo pero no feroz. Y sólo pretendía regalarle una flor recién cortada. Se la mostré de súbito, como por arte de magia. No esperaba que me aplaudiera como a los magos que sacan conejos del sombrero, pero tampoco ese gesto de fastidio. Titubeando, le dije:

Quiero regalarte una flor, niña linda.

¿Esa flor? No veo por qué.

Está llena de belleza dije, lleno de emoción.

No veo la belleza —dijo Caperucita. Es una flor como cualquier otra.

Sacó el chicle y lo estiró. Luego lo volvió una pelotita y lo regresó a la boca. Se fue sin despedirse. Me sentí herido, profundamente herido por su desprecio.

Tanto, que se me soltaron las lágrimas. Subí a la bicicleta y le di alcance.

Mira mi reguero de lágrimas.

¿Te caíste? —dijo—. Corre un hospital. No me caí.

Así parece porque no te veo las heridas.

Las heridas están en mi corazón —dijo. Eres un imbécil.

Escupió el chicle con la violencia de una bala y me pareció ver en el polvo una sangrienta herida.

Volvió a alejarse sin despedirse.

Sentí que el polvo del camino era mi pecho, traspasado por la bala de chicle, y el río de la sangre se estiraba hasta alcanzar una niña que ya no se vela por ninguna parte. No tuve valor para subir a la bicicleta. Me quedé toda la tarde sentado en la pena. Sin darme cuenta, uno tras otro, le arranqué los pétalos a la flor. Me arrimé al campanario abandonado pero no encontré consuelo entre los murciélagos, que se alejaron al anochecer. Atrapé una pulga en mi barriga, la destripé con rabia y esparcí á viento los pedazos.

Empujando la bicicleta, con el peso del desprecio en los huesos y el corazón más desmigajado que una hoja seca pisoteada por cien caballos, fui al pueblo y me tomé unas cervezas en la primera tienda. "Bonito disfraz", me dijeron unos borrachos, y quisieron probárselo. Quise despedazarlos como pulgas pero eran más de tres.

Esa noche había fuegos artificiales. Todos estaban de fiesta. Vi a Caperucita con sus padres debajo del samán del parque. Se comía un inmenso helado de chocolate y era descaradamente feliz. Me alejé como alma que lleva el diablo.

Volví a ver a Caperucita unos días después en el camino del bosque.

¿Vas a la escuela? pregunté, y en seguida me di cuenta de que nadie asiste a clases con sandalias plateadas, blusa ombliguera y faldita de juguete.

Estoy de vacaciones, lobo feroz dijo.

¿O te parece que éste es el uniforme?

El viento vino de lejos y se anidó en su ombligo. ¿Y qué llevas en el nastro?

Un rico pastel para mi abuelita. Quieres probar?

Casi me desmayo de la emoción. Caperucita me ofrecía su pastel. ¿Qué debía hacer? ¿Aceptar o decirle que acababa de almorzar? Si aceptaba pasaría por ansioso y maleducado: era un pastel para la abuela. Pero si rechazaba la invitación, heriría a Caperucita y jamás volvería a dirigirme la palabra. Me parecía tan amable, tan bella. Dije que sí.

Corta un pedazo.

Me prestó su navaja y con gran cuidado aparté una tajada. La comí con delicadeza, con educación. Quería hacerle ver que tenía maneras refinadas, que no era un lobo cualquiera. El pastel no estaba muy sabroso, pero no se lo dije

para no ofenderla. Tan pronto terminé sentí algo raro en el estómago, como una punzada que subía y se transformaba en ardor en el corazón.

Es un experimento —dijo Caperucita, arrebatándome la navaja—. Lo llevaba para probarlo con mi abuelita pero tú apareciste primero. Avísame si te mueres.

Y me dejó tirado en el camino, quejándome.

Así era ella, Caperucita Roja, tan bella y tan perversa. Casi no le perdono su travesura. Demoré mucho para perdonarla: tres días. Volví al camino del bosque y juro que se alegró de verme.

La receta funciona dijo—. Voy a venderla, lobo feroz.

Y con toda generosidad me contó el secreto: polvo de huesos de murciélago y picos de golondrina. Y algunas hierbas cuyo nombre desconocía. Lo demás todo el mundo lo sabe: mantequilla, harina, huevos y azúcar en las debidas proporciones. Dijo también que la acompañara a casa de su abuelita porque necesitaba de mí un favor muy especial. Batí la cola todo el camino. El corazón me sonaba como una locomotora. Ante la extrañeza de Caperucita, expliqué que estaba en tratamiento para que me instalaran un silenciador. Corrimos. El sudor inundó su ombligo, redondito y profundo, la perfección del universo. Tan pronto llegamos a la casa y pulsó el timbre, me dijo:

Cómete a la abuela.

Abrí tamaños ojos.

Vamos, hazlo ahora que tienes la oportunidad.

No podía creerlo.
Le pregunté por qué.

Es una abuela rica explicó—. Y tengo afán de heredar,
No tuve otra salida. Todo el mundo sabe eso.

Pero quiero que se sepa que lo hice por amor. Caperucita dijo que fue por hambre. La policía se lo creyó y anda detrás de mí para abrirme la barriga, sacarme a la abuela, llenarme de piedras y arrojarme al río, y que nunca se vuelva a saber de mí.

Quiero aclarar otros asuntos ahora que tengo su atención, señores. Caperucita dijo que me pusiera las ropas de su abuela y lo hice sin pensar. No veía muy bien con esos anteojos. La niña me llevó de la mano al bosque para

jugar y allí se me escapó y empezó a pedir auxilio. Por eso me vieron vestido de abuela. No quería comerme a Caperucita, como ella gritaba. Tampoco me gusta vestirme de mujer, mis debilidades no llegan hasta allá. Siempre estoy vestido de lobo.

Es su palabra contra la mía. ¿Y quién no le cree a Caperucita? Sólo soy el lobo de la historia.

Aparte de la policía, señores, nadie quiere saber de mí.

Ni siquiera Caperucita Roja. Ahora más que nunca soy el lobo del bosque, solitario y perdido, envenenado por la flor del desprecio. Nunca le conté a Caperucita la indigestión de una semana que me produjo su abuela. Nunca tendré otra oportunidad. Ahora es una niña muy rica, siempre va en moto o en auto, y es difícil alcanzarla en mi destartada bicicleta. Es difícil, inútil y peligroso. EL otro día dijo que si la seguía molestando haría conmigo un abrigo de piel de lobo y me enseñó el resplandor de la navaja. Me da miedo. La cree muy capaz de cumplir su promesa.

1990

LOS TRES CERDITOS

EN CIERTA OCASIÓN tres cerditos gordos, rosados y felices, salieron a recorrer el mundo. Se separaron donde el camino se dividía en tres, pero prometieron mantenerse pendientes el uno del otro.

El primer cerdito, por el camino izquierdo, se encontró con un campesino y le compró paja para hacer su casa. No demoró mucho y le quedó preciosa.

El segundo cerdito, por el camino central, se encontró con un leñador y le compró madera para hacer su casa. Demoró un poco más y le quedó preciosa.

El tercer cerdito, por el camino derecho, se encontró con un albañil y le compró ladrillos y cemento para hacer su casa. Demoró mucho más y le quedó preciosa.

El lobo hambriento vino de las montañas.
Se acercó a la casa de paja y dijo:
Huele a cerdito tierno.
Tocó una vez.

¿Quién es? dije el primer cerdito.

Soy el doctor y traigo una pomada para el dolor de huesos.

No me duele nada —dijo el cerdito.

Abre de todas maneras —dijo el lobo—. Soy un gran soplador. Soplaré, soplaré y soplaré
y tu casa derribaré.

Si es así, espera un momento.
El cerdito espió por una rendija, luego abrió y dijo:
Sigue, señor lobo.

Tan pronto entró, el lobo recibió un garrotazo en la cabeza y cayó al piso. Allí recibió otros cuantos. con todo el esqueleto adolorido el lobo se arrastró hasta la puerta y poco a poco se alejó.

Menos mal que tengo pomada para el dolor de huesos —pensó el lobo.
Otro día el lobo se acercó a la casa de madera y dijo:
Huele a cerdito tierno.
Tocó dos veces.

¿Quién es? -dijo el segundo cerdito.

El lechero y traigo leche fresca para fortalecer los huesos.

No me gusta la leche —dijo el cerdito. Abre de todas maneras —dijo el lobo
Soy un gran soplador. Soplaré, soplaré y soplaré y tu casa derribaré.

Si es así, espera un momento.

El cerdito espió por una rendija para averiguar el tamaño del lobo. Había recibido una carta de advertencia del primer cerdito. Abrió y dijo: Sigue, señor lobo.

Tan pronto entró, el lobo recibió un garrotazo en la cabeza y cayó al piso. Allí recibió otros cuantos. Con todo el esqueleto adolorido el lobo se arrastró hasta la puerta y poco a poco se alejó.

Menos mal que tengo leche para fortalecer los huesos —pensó el lobo.
Otro día el lobo se acercó a la casa de ladrillo y dijo:
Huele a cerdito tierno.
Tocó tres veces.

¿Quién es? —dijo el tercer cerdito.

Soy el panadero y traigo una torta de cumpleaños y una botella de vino.
Aquí nadie está de cumpleaños —dijo el cerdito, que había recibido dos cartas de advertencia. Abre de todas maneras dijo el lobo

Soy un gran soplador. Soplaré, soplaré y soplaré y tu casa derribaré.

Lo siento mucho, señor lobo, la puerta se atascó —dijo el cerdito, espiando por una rendija para calcular el hambre del lobo.

Entraré por la ventana.

No abre ni cierra —dijo el cerdito.

Me dan ganas de entrar por la chimenea dijo el lobo.

Te volverás un asco —dijo el cerdito. Pasa por mi mañana y vamos a recoger limones en Monte dentro.

Con todo gusto dijo el lobo—. ¿A las seis será muy temprano?

A las seis me parece bien.

El lobo olvidó la torta y el vino junto a la puerta y se despidió con una venia. El cerdito guardó los presentes. "Tan querido el señor lobo", dijo. Madrugó a buscar los limones y regresó a casa. El lobo apareció a las seis en punto y preguntó al cerdito si estaba listo.

—Ya fui por los limones y preparé la limonada. El lobo disimuló la rabia y propuso:

Más allá de Monte dentro, donde llaman Lomalinda, vi unas naranjas exquisitas. ¿Qué te parece si vamos mañana?

Con todo gusto, señor lobo —dijo el cerdito. ¿A las tres de la tarde será muy tarde? A las eres me parece bien —dijo el lobo.

Al día siguiente, a las dos, el cerdito fue a buscar las naranjas. Estaba en el árbol cuando vio venir al lobo y se asustó mucho.

¿Cómo están las naranjas? dijo el lobo, relamiéndose.

Deliciosas —dijo el cerdito.

Arrojó una naranja lo más lejos posible. El lobo fue a buscarla y se la comió de un bocado. El cerdito arrojó otra naranja aún más lejos. El lobo fue a buscarla y se la comió de un bocado. El cerdito arrojó otra muchísimo más lejos.

Mientras el lobo buscaba la naranja, el cerdito saltó del árbol y corrió a esconderse en su casa. Al día siguiente, el lobo invitó al cerdito al mercado del pueblo.

—Con todo gusto, señor lobo. Estoy preparando una fiesta y necesito ir al pueblo.

¿Una fiesta para mí? —preguntó el lobo.

La fiesta será por ti — dijo el cerdito. Pasa por mí a las tres.

Como el pueblo quedaba bastante lejos, el cerdito salió en bicicleta antes de mediodía. Pedaleó con fuerza, siempre subiendo, y llegó todo cubierto de sudor y polvo. Saboreó un helado de chocolate y jugó al trompo con unos conocidos. El juego consistía en sacar del círculo dibujado en el polvo la mayor cantidad de monedas con el trompo en movimiento. El cerdito sabio bailar el trompo y ganó algunas monedas, que le sirvieron para comprar docenas de globos. Se probó un

disfraz de gorila y decidió llevarlo puesto en vez de cargarlo en la caja. Amarró los globos y algunas cintas a la bicicleta y salió del pueblo.

El lobo apenas subía, con la lengua fuera, cuando vio una polvareda espantosa. Algunos globos estallaron. Asustado, el lobo se arrojó del camino y rodó por la montaña.

Más tarde, malherido y furioso, fue a la casa del cerdito y le contó que en el camino al pueblo se le apareció un monstruo con ruedas y pelotas que levantaba una polvareda de mil demonios y disparaba como un loco.

Muerto de la risa, el cerdito confesó que el monstruo era él, en bicicleta, disfrazado de gorila, abrió la ventana y señaló el disfraz dormido en la silla.
¿No decías que esta ventana no abría ni cerraba?

Tres gotas de aceite hicieron el milagro dijo el cerdito.

Vine a tocar a tu puerta a las tres y no me abriste. Pensé que habías confundido la hora de nuestra cita. Iba a buscarte al pueblo porque me tenías preocupado y ese gorila casi me mata del susto, ¿Así correspondes a mi amistad?

Ay, señor lobo —dijo el cerdito, y cerró la ventana.

Hambriento, humillado, malherido y furioso, el lobo sopló la ventana, sopló la puerta, y casi lo mata un ataque de tos. Subió al tejado con sus últimos alientos.

Sigue, señor lobo —gritó el cerdito, que había preparado agua caliente en una olla de batallón—. La chimenea está abierta y más limpia que un espejo.

El lobo se sentía débil, le dolía todo el esqueleto y la cabeza le pesaba como una piedra. Resbaló por la chimenea, cayó a la olla y se quemó el rabo.

El lobo gritaba de dolor. Brincaba y se soplaba. Soplaba y soplaba, como buen soplador que era. Subió como un cohete por la chimenea, se alejó corriendo y nunca más regresó.

—Vuelve cuando quieras —gritó el cerdito.

Se reunió con los otros cerditos. les agradeció las cartas y, aunque ninguno estaba de cumpleaños, comieron torta y bebieron vino. Bailaron hasta encima de la mesa y reventaron globos.

Se revolcaron con la historia del gorila y se metieron por turnos en el disfraz.

- Huele a lobito tierno —dijeron, muertos de risa.

El gorila hizo piruetas: sopló, tocó, caminó como el lobo y reventó los últimos globos. Bebió y bailó hasta el cansancio. Luego se quedó dormido en una silla.

LA PRINCESA Y LAS PULGAS

HABÍA UNA VEZ un príncipe que quería casarse con una verdadera princesa de sangre azul, muy difícil de encontrar en aquellos tiempos, mucho más difícil de lo que se pensaba.

Las princesas abundaban, pero no era sencillo averiguar la pureza de su sangre. Los padres del príncipe, viejos y expertos, viejos y mafiosos, siempre descubrían algún grado de impureza, alguna cascarita de deshonra. Además, hasta el momento, ninguna había sobrevivido a las pruebas. Se alejaban espantadas, rascándose el pellejo.

Una noche de lluvia, con las zapatillas en la mano, una princesa se acercó al castillo toca con un tacón. Tronaba y los relámpagos iluminaban el cielo. La princesa tocó hasta casi quebrar el tacón.

En pantuflas y con gorrito de dormir, el viejo rey abrió la puerta. Entre bostezos, restregándose los ojos, explicó que el portero había solicitado vacaciones.

Sigue, por favor, preciosa —dijo.

Toda empapada, con la lluvia chorreando por los larguísimos cabellos y el vestido, con las plumas y las cintas del sombrero destrozadas, daba lástima. Pero aun así

el rey reconoció de inmediato la imponente de la princesa. Parecía una fuente pero era una princesa.

Soy la princesa Corocora dijo y vine por el aviso del periódico.

Has llegado al sitio indicado —dijo el rey.

Deslumbrado por la belleza de sus pies de princesa, le suplicó que se calzara y le deseó buena suerte en las pruebas. Todos sus huesos crujieron. Quiso que la vida volviera a empezar.

La vieja reina descendía las escaleras.

Pronto sabremos qué tan princesa eres dijo, examinando con una lupa los desleídos certificados de sangre azul que la princesa había sacado del sombrero—. Los papeles están en regla pero, de todas maneras, los secretarios los revisarán mañana con más cuidado. Somos muy cautelosos que al principio. Hemos conocido más de trescientas locas y otras tantas melindrosas. Alguna vez organizamos un concurso por televisión y se presentaron hasta las cocineras. Hace más de quince años que esperamos una princesa para nuestro Fernando Vil.

¿Fernando VII? preguntó la princesa Corocora, asombrada.

Tuvimos seis Fernandos antes, pero ya se casaron —dijo la reina—. Este Fernando es un personaje de otro cuento.

Mora que nuestra estadía en la tierra se abrevia, queremos dejarlo en manos muy especiales —añadió el rey.

Le ofrecieron una copa de vino y, satisfechos, vieron descender el chorro por su garganta. En el fondo de su corazón, el rey quiso que la princesa Corocora sobreviviera a las tres pruebas en el castillo, sólo para volver a contemplar el milagro de su belleza, la suave caída de sus párpados, sus movimientos de gacela en el aire.

La reina se dirigió al dormitorio destinado a la princesa. Revisó los veinte colchones, acomodados uno sobre otro, las sábanas limpias y la docena de almohadas, pasó la yema de su índice por la cabecera de la cama de bronce y le deseó las buenas noches a la princesa.

La princesa arrojó el sombrero a la cesta de la basura, se quitó la ropa mojada y se acostó.

Por la mañana el rey le preguntó cómo había dormido.

¿Qué tal esa cama de bronce? dijo la reina.

Fue terrible —dijo la princesa y estornudó tres veces—. No he pegado el ojo. Tengo el cuerpo desbaratado. Me pasé la noche matando pulgas. Majestades, fue

terrible pero acabé con todas. Necesito el jugo de tres limones para despachar esta gripa.

Satisfechos, los reyes la invitaron a pasar una segunda noche en otro cuarto y al desayuno, el rey le preguntó cómo había amanecido. ¿Qué tal la cama de plata? —dijo la reina.

Fue terrible —dijo la princesa— No he pegado el ojo. Tengo el cuerpo desbaratado. Me pasé la noche destripando piojos. Majestades, fue terrible pero acabé con todos. De la gripa no queda ni el rastro.

Los reyes, entusiasmados, la invitaron a pasar una noche más, la última, en el cuarto de Fernando VII Por la mañana el rey le preguntó cómo había dormido. ¿Qué tal la cama de oro? --dijo la reina. Fue terrible --dijo la princesa—. No he pegado el ojo. Tengo el cuerpo desbaratado. Me pasé la noche matando las pulgas y los piojos de Fernando. Majestades, fue terrible pero acabé con todos.

El príncipe Fernando VII sonreía feliz, con su cara de idiota, las orejas de murciélago y los ojos de vaca soñadora. Se le escurrían las babas del regocijo y le temblaba la cuchara. El caldo se le regaba en el camino a la boca. Los reyes se acercaron a darle los besos de felicitación.

Todos se convencieron de que Corocora era una verdadera princesa de sangre azul, porque sólo una verdadera princesa de sangre azul podía ser tan hábil con las pulgas y los piojos.

Muerta de sueño, la princesa Corocora se casó con el príncipe Fernando VII y durmió tres días y tres noches.

—Lo que una tiene que hacer por un aviso del periódico dijo la princesa Corocora al despertar.

Pidió castillo aparte, y el príncipe, enamorado, abandonó a sus padres, que se mostraron afligidos pero resignados. La princesa de inmediato vendió los gatos y los perros. El príncipe, enamorado hasta los huesos, durmió con ellos por última vez y derramó algunas lágrimas en la despedida.

—Ahora sólo dormiré con Corocora

La princesa hizo pelar el coco del príncipe y de toda la servidumbre. El príncipe sonreía sin abandonar la cara de idiota. La princesa le arrancó los pelos que se le asomaban por las orejas, las ventanas de la nariz y los sobacos. El príncipe brincaba de alegría. Los reyes vinieron de visita el domingo y, al verlo tan feliz, con sus orejas de murciélago más coloradas y puntiagudas que nunca, tomaron una foto, que se publicó en todos los periódicos. Más de uno se hizo pelar el coco.

La princesa Corocora ordenó fumigar el castillo todas las mañanas, hasta acabar con las pulgas y los piojos, las cucarachas y las moscas. Después de eso, la princesa Corocora tuvo un poco de paz y algo de felicidad. Este sí que es un verdadero cuento.

1995

EL SAPITO QUE COMÍA PRINCESAS

antes del ruso del hechizo, era el niño más hermoso del mundo. toda la vida hablaron de su belleza principesca. Pero después del beso, fulminante e inesperado, como sapo fue un sapo cualquiera.

Nunca se identificó al culpable. Se dijo que el pequeño príncipe salió a jugar al jardín el primer lunes de noviembre y alguien lo desapareció con un beso. Alguien, una bruja rencorosa y despechada, una mala mujer, una maestra de escuela, quién sabe. Hablaron de una nube oscura, un viento raro, un perfume que les hizo cerrar los ojos. En todo caso, sólo encontraron un sapo que derramaba lágrimas en la fuente del jardín. Espantaron al sapo y lloraron al príncipe.

El sapo esperó durante mucho tiempo que una princesa extraviara su pelota de oro en el bosque. Su pelota, sus aretes o al menos un zapato, Le preguntaría al verla llorar:

¿Qué me darás si encuentro tu pelota?

Lo que quieras —diría la princesa—. Mis vestidos, mis perlas, mi corona.

Quiero que tú me quieras, que juegues conmigo y me permitas sentarme a tu lado en la mesa —diría el sapo—. Comeré en tu plato, beberé de tu vaso y dormiré en tu cama. Si me lo prometes, encontraré tu pelota de oro.

La princesa diría que sí, y él encontraría la pelota y sería feliz con la princesa. En el momento menos pensado recibiría el beso mágico y sería príncipe otra vez, hermoso y feliz para siempre.

El sapo esperó a la princesa, esperó y esperó, y nada sucedió. Entonces decidió buscarla. Se dedicó a perseguir la belleza hasta el delirio, como una noche que persigue al día.

El sapo comía flores, escribía poemas y perseguía a las princesas en la más despiadada búsqueda del beso que lo despertara del hechizo. Esperaba agazapado en la hierba durante horas y se les atravesaba en los caminos, se descolgaba de los árboles o de los tejados y casi siempre terminaba aplastado sobre el polvo, muerto de sed, muerto de deseo. Les brincaba a la cama desde las ventanas, se les metía a la fuente donde se bañaban, y con ninguna consiguió la caridad de un beso. Se les aparecía hasta en la sopa y las princesas gritaban muertas de honor:

—Mami, un sapo en la sopa.

Mami era la reina y, como tal, de una sabiduría legendaria. Será un príncipe —decía. No te olvides de besarlo porque tú sabes la escasez que tenemos. La princesa de turno replicaba que sapos había por todas partes.

No seas bruta, niña princesa contestaba la reina mami—. Me refiero a los principies encantados que un beso de princesa puede desencantar. La princesa se reía hasta las lágrimas.

Mami todavía cree en cuentos de hadas.

La reina mami se ofendía: "No dudes de nuestra historia patria". Con un gesto de desprecio, como quien dice "qué juventud tan perdida", se iba a remendar las medias del rey.

El sapo se alejaba avergonzado, regando sopa. He desperdiciado los mejores años de mi vida se dijo.

Le resultaba intolerable tanto sufrimiento y se volvió un sapo amargado. Él, que lo daba todo por la magia de un beso, no provocaba una sonrisa, una frase de amor,

un suspiro. Perdido en su propia oscuridad, decidió que si ninguna princesa le daba un beso, él se lo daría a una cualquiera.

El domingo se alistó en Boca de Chicle, la parte más estrecha del bosque, y como aperitivo se tragó una mariposa. Pronto apareció en el camino la princesa que tantas veces lo había despreciado, Carlota Rabochiquito, hija de Enrique Rabochiquito y Melindrosa VII. El sapo la vio venir con su caminadito de pata y esta vez no le pidió un beso desde un charco de lágrimas o después de un tratado de filosofía. No. Saltó con tanta determinación que se le fue la mano: se tragó a la princesa. ¡Gravé horror, se la comió toda en pleno corazón del bosque, y le gustó. La tal Carlota Rabochiquito era de una familia rica.

Después de comerte, princesa, ya no eres Rabochiquito —dijo el sapo, sobándose la panza—. Eres más rica que las mariposas, Carlota de Barrigagrande.

Se acercó a la laguna a dormir la siesta. Soñó con banquetes y salones de baile repletos de apetitosas princesas. Soñó que tragaba toda clase de flores y la barriga se le llenaba de versos de colores que se le escapaban por la boca, transformados en mariposas que revoloteaban por el castillo hasta que las muchachas las atrapaban para lucirlas en los cabellos. Soñó que era El rey *de la mermelada*. Todavía se sentía pesado al despertar: la princesa estaba algo pasadita de kilos, El sapo improvisó unos versos y durmió otro poco. Se dijo que, por un estado de felicidad como el que ahora disfrutaba, valía la pena tanta espera.

Se volvió peligroso: no había princesa que se le escapara. Se volvió audaz. Se les aparecía hasta en el espejo, en el aroma de una rosa, en el viento del abanico, y adiós, princesa. No perdonaba una. Se volvió peligroso y famoso.

En todas las esquinas, en los árboles más gordos, en las señales de los caminos, apareció su espantosa fotografía junto al letrero de advertencia: Atención, sapo en el vecindario. En la escuela se les enseñó a los niños a reconocer los ruidos y los pasos del sapo, sus virtudes y sus puntos débiles. Cartillas gratuitas exponían a la vergüenza pública su biografía. Dibujantes y caricaturistas se regodearon con su imagen en revistas y periódicos. Se hizo más famoso que el rey.

La gente dejaba las lámparas encendidas toda la noche y las cuentas de la electricidad se volvieron astronómicas.

Las recompensas por la captura del sapo eran muchas, desde un puesto en la corte hasta una finca con castillo. En los periódicos y la televisión se especificaba que la recompensa variaba según se capturara al sapo vivo o muerto. Si vivo, un viaje a Disneyworld y un puesto de lavaplatos en la corte. Si muerto, entradas de por vida al Museo de Historia Natural, cosméticos por un arlo, cien pares de zapatos, una pelota de ping-pong firmada por el rey y un castillo con cien vacas.

Daban ganas de matar al sapo, En los periódicos y la televisión el sapo se veía cada vez más gordo y menos triste, menos amargado, y con toda razón.

Después de Carlota Rabochiquito, según los chismes del reino, siguieron otros exquisitos bocados; Flor de Albahaca, Vilma Palma, Lucila Duque, Adriana Sánchez, María Trapitos, Luz de Luna, Marituerta, la negra Eufenia, Jéssica la Bonita y otras tantas. Tantos, que no se sabía con exactitud qué tan princesas serían.

Con cada bocado el sapo se acercaba al cielo de la dicha. Arrebatado por la inspiración, escribió más poemas que nunca y publicó algunos bajo el seudónimo de Pablo Neruda. Estaba gordo y torpe, y tanto peso en la barriga le impedía saltar con la gracia de antes. La elegancia de su figura se perdió, qué se podía hacer, todo tiene su precio en esta vida. Pero aun así nadie pudo atraparlo.

El rey, sin otra salida, jugó su carta mayor, de más amado de sus tesoros, su hija Flordemivida, de apenas quince años, blanca como la harina y suave como la mantequilla. Por televisión, con voz entrecortada, el rey ofreció la mano de su hija, un castillo recién restaurado, doscientas veinte vacas rebosantes de leche, los diecisiete hijos de la gata Leonora y tres perros finos al valiente que atrapara al bandido vivo e muerto. No ofreció el reino ni la mitad de su reino porque consideró que el pueblo rechazaría tal sacrificio.

En el mismo programa, toda vestida de azul y con una cola de caballo atada por una mariposa de vidrio, sin maquillaje, pero con los párpados oscurecidos por el insomnio, la bella y dulce *princesa* Flordemivida aceptó el trato para salvar el reino: pronto no quedarían princesas ni muchachas en el reino, ni mujeres, viejas o niñas, y los hombres se morirían de aburrimiento, si al sapo no le daba por comérselos también. ¿Qué haría el rey en un reino sin nadie? La princesa soñó que el rey perseguía al sapo para que se lo comiera y así, sin castillo y todo apretado, comenzaba a gobernar dentro *de* la barriga.

La princesa Flordemivida vivía en la torre más alta del castillo, rodeada de cien guardias armados y otros cien desarmados. Los desarmados eran los suspiradores: querían casarse con Flordemivida y habían venido de reinos vecinos y lejanos para desvivirse en suspiros alrededor de la torre. La princesa Flordemivida se entretenía en la cuenta de los suspiros. Había días de trece millones quinientos veintidós mil trescientos cuatro suspiros, chas de veinte millones o miserables días de sólo trescientos mil suspiros. Los días de trescientos mil suspiros casi siempre eran los viernes porque los suspiradores se iban a parrandear con las mujeres de los alrededores y por una vez olvidaban el sentido de su existencia.

Casi no pensaban en el sapo.

El sapo era feliz: se le acabaron los deseos. Estaba hecho un degenerado: se comía lo que se le atravesaba. No se comió sus patas porque las necesitaba para brincar, si esas musarañas se consideraban brincos. Pero desde que apareció la foto de la recompensa² Flordernivida de cuerpo entero, junto a la suya, el sapo no pensó en nadie más que la dulcísima princesa. *Me zis a Ming of heatir*, pensó en inglés, porque le había dado por la onda de los idiomas. Sabía poemas en francés, adivinanzas en ruso y trabalenguas en swahili. Era una maravilla para la lengua, como tantos

poetas. Pero no tenía a quién deslumbrar con su maravilla. Todo el mundo lo odiaba y le temía, y con el cargamento de bocados no podía entenderse, pues las mujeres estaban allá dentro en tal desorden, "en una sola y perpetua pelotera, y era como si no existieran. De pronto aceptó que lo único que quería en esta vida era a Flordemivida Frente a frente para soltarle con voz apasionada un poema en francés. De tanto verla al lado suyo, el sapo se enamoró.

Durante nueve lunas buscó con ansia el castillo de la pasión. Lo descubrió desde la cima de una montaña y, como una pelora de amor, rodó hasta la torre más alta.

Doscientos hombres roncaban. Era sábado por la mañana y se recuperaban de la soberana parranda de la noche anterior, descuidados e irresponsables, convencidos de que el bandido no se acercaría al, "único bocado que jamás sería suyo.

Al mediodía, el sapo estaba en la ventana de la princesa, que se había quedado dormida junto a la luna. El sapo pudo ascender por su pelo derramado. La besó en la nariz, en las pestañas, en la oreja, hasta que ella despertó con cierta delicia en la boca. Entonces eres tú —dijo la princesa, entre el sueño y la mañana.

El sapo le soltó un poema en francés y la princesa se rio porque era el mismo poema con que la persiguió un griego cuando estudiaba en La Sorbona.

Estudiaste en París dijo el sapo con asombro.

Y en Roma y en Barcelona.

Y yo que creí que podía enseñarte el mundo dijo el sapo—. Conozco casi todas las lagunas del reino. Me dijeron que nunca jamás habías salido de esta celda y venía a liberarte.

Ah, se dicen tantas cosas por ahí.

Me dijeron que ni siquiera la luz te había tocado.

Dicen que eres El rey de la mermelada. ¿Las mujeres te caen como moscas? El sapo mencionó las lagunas y la princesa le habló del mundo. Le habló de la nieve en Nueva York, del sol en Casablanca, de la lluvia en una callecita de Praga, del viento perfumado de manzana en Málaga, de una casa de ardillas en Santuario, de una señora que vendía guantes blancos junto a una iglesia que parecía de mantequilla.

El sapo no se contuvo más y le dijo mirándola a los ojos:

Que coisa mats linda
fe mis triste --dijo la princesa.

¿Por qué estás triste?

Por ti —dijo la princesa. Tu apetito acabará con el mundo y vas a estar más solo que nadie. Siempre he estado solo —dijo el sapo.

Las lágrimas brotaron a chorros. La princesa se quitó los zapatos y, cuando las lágrimas del sapo alcanzaban el borde del vestido, saltó a una silla. La celda se volvió una laguna en tres minutos. Uno de los hombres, al ver el chorro que salía por la ventana, creyó que estaba lloviendo adentro y volvió a dormir. Nunca he estado peor dijo el sapo. Quiero estar contigo.

Depende de ti: no puedo estar contigo y todas esas mujeres.

Me saliste imposible protesto el sapo y selló la llave de las lágrimas. No sólo no te doy estas mujeres sino tendré otras. Si no como, me muero, flordemivida.

El sapo añadió unas cuantas frases en inglés y otras en francés y la princesa dijo: Estamos hechos un bulto de lenguas, hablemos una sola. La lengua del amor suspiró el sapo.

Ya empezaste con la suspirada —dijo la princesa. Tengo una montonera de hombres suspirando día y noche de lunes a domingo, y ahora tú.

Llegarían a un acuerdo amoroso si el sapo dejaba la suspiradera porque con toda franqueza la princesa vivía harta. Flordemivida no dio un paso atrás: si quena volver a verla debería alcanzar el sacrificio. El sapo, en el fondo del enamoramiento, se esforzó hasta casi reventar y le entregó a la princesa una pobre vieja de casi doscientos años que preguntó si habían visto a su tataratataranieta que salió un domingo de Guadalajara con un caballero de bigotes negros.

¿Y todos esos hombres? dijo el sapo, espiando por la ventana.

—A ninguno se le ocurrió buscarte para arrancarte el pellejo, en vez de reventarse suspirando respondió la princesa, chapoteando en el charco de lágrimas—. No valen la pena. Ellos saben que no tienen esperanzas. Poco a poco luan vida

con las vecinas y me olvidarán. No te preocupes.

Me matarán.

La princesa dijo que, aunque los caballeros no matarían una mosca, le podría dar una nueva apariencia, no precisamente la que él deseaba, pero que le permitiera atravesar sin riesgo el territorio de los guardias y los suspiradores, y le dio un beso que lo dejó pálido, casi invisible, electrizado de pies a cabeza.

¿Demasiado voltaje?

Puedo soportarlo —dijo el sapo, todavía estremecido, desde el territorio de los fantasmas.

Y ahora vete, que tengo que trapear el desastre de tus lágrimas —dijo la princesa, Pero ven cuando quieras: tendrás un beso.

El sapo volvió por el beso tantas veces que nadie lo volvió a ver, hasta que se le acabaron las mujeres, las muchachas, las otras princesas, Jéssica la Bonita, la negra. Eufemia, Marituerta, Luz de Luna, María Trapitos, Adriana Sánchez, Lucila Duque, Vilma Palma, Flor de Albahaca y, por último, Carlota Rabochiquito, la más gordita, hija de Enrique Rabochiquito y Melindrosa VII, quienes celebraron el regreso de todas las mujeres que habitaron la barriga del sapo tragón con la más grande e inolvidable fiesta.

Las fotografías se destiñeron en las esquinas, ya casi no se hablaba del sapo. Los hombres se cansaron de suspirar alrededor de la torre y se fueron uno tras otro.

Más allá del peligro, la princesa Flordemivida consideró que podía abandonar la torre, luego el palacio real y luego la región. Se fue a vivir al sur del reino, lejos, en un castillo encantado. Sonreía sola y repartía besos para nadie.

1990

EL SEÑOR DE LA BARBA AZUL

FUE FELIZ HASTA que cambió de voz y una barba azul oscureció su rostro. Las muchachas le huían y la gente lo Consideraba peligroso. No tuvo más remedio que alistarse para la guerra. Allí estuvo tan ocupado, llevando y trayendo las cartas personales del tantas veces condecorado general Machete, que olvidó afeitarse. El general lo confundió con un enemigo y estuvo a punto de enviarlo al paredón de fusilamiento. Muerto del susto, el muchacho describió con pelos y señales la ruta de las cartas y hasta los pelos de la esposa y la suegra del general. No mencionó a la madre del general porque el general no tenía madre, pero dibujó en el aire los tres perros que tantas veces lo habían mordido y un loro que recitaba poemas en alemán. Como el hombre de las medallas seguía con la duda, el muchacho precisó:

—Su señora, mi general, tiene mala letra y peor ortografía.

—Mejor te vas a casa —dijo el general, _mordiéndose el bigote—. No quiero volver a con fundirte.

No tengo casa, mi general. Según me dicen, la guerra acabó con mi familia: mamá, mi hermana Maria y el gato Charles Perrault. Una bala de cañón borró la casa.

¿También el gato? Lamentable accidente, soldado. Debemos pelear duro para acabar con esta perra.

Si, mi general.

—¿Charles Perrault?

Un gato culto, mi general. A la salida pide una medalla por los servicios prestados a la patria y no vuelvas.

Con la medalla colgada al cuello, el muchacho mendigó por los caminos hasta que le dolieron los pies. Se quitó las botas, las ató una con otra y se las colgó al cuello.

¿No tienes familia?

No, por un lamentable accidente.

Ya eres un hombre. ¿Por qué no tienes trabajo?
Vengo de la guerra.

Pues no te falta ningún brazo, ninguna pierna, ningún ojo. ¿Quién va a creerte ese cuento?

Era et correo del general Machete
Pídele al general que te dé de comer.
Me dio esta medalla.

¿No te la robaste? Qué importa, no se puede comer. Además, hombre, ¿por qué te disfrazas con esa barba que espanta a los niños?

Se apartó del camino porque vio venir el carruaje real y los cuarenta caballeros del rey. A través del polvo pudo ver no sólo el sudor de los caballos sino el rostro cansado y viejo del rey y, a su lado, la princesa Floralba, fresca como un vaso de agua. Le pareció que la princesa lo miraba durante tres largos segundos. Contempló la mano que recogía los cabellos en una cola de caballo y el lunar detrás de la oreja. Nunca olvidaría la palidez de sus dedos ni el resplandor de sus anillos mientras trataba de atajar un grito de asombro. Se asustó como una niña dijo el muchacho—El lunar es una delicia.

Se afea detrás de un árbol, se puso las botas y volvió al camino. Arrancó la naranja más dulce de una rama repleta y la peló. La vieja Pascuala Torres trataba de sacar un cerdo del barro. Tiraba de la resbalosa cuerda con todas sus fuerzas pero el animal se mantenía inmóvil y feliz. El muchacho depositó la naranja sobre una piedra y se acercó. Agarró la cuerda, haló y cayó sentado en el barro. Pascuala se tapó la boca para disimular la risa. Trataron de sacar a cerdo entre ambos. La mujer no era de gran ayuda porque seguía riéndose del trasero embarrado del muchacho.

Ven a mi casa a bañarte —dijo—. Este pozo no te servirá porque el cerdo lo revolvió todo. Tienes cara de venir de lejos.

¿Y el cerdo?

Después vengo por él —dijo la mujer.

No fue necesario porque el cerdo los siguió como un perrito, pues ya había gozado suficiente del barro. Compartieron la naranja y llegaron a una casa de ventanas rojas, resguardada por árboles altos, frescos, que parecían bailar con el viento. Pascuala le ofreció al muchacho comida y posada. Le destinó el cuarto que había sido de su hijo.

Se lo llevaron a la guerra y ah lo perdí

explicó—. Estaba aprendiendo a tocar la flauta. Decía que si lo reclutaban tocaría para que todos se pusieran a bailar en vez de pelear. Qué loco. Ay, muchacho, mi hijo tenía tus ojos y esa manera de mordisquearse el labio. A esta hora estaría de nuevo en casa. Supongo que ya oíste las últimas noticias.

La guerra se acabó. Ya no se acordaban por qué estaban peleando. Los generales de uno y otro lado de la guerra ordenan levantar un monumento a la memoria de los muertos y se van a casa antes de que se les enfrié la sopa, pero una madre no se consuela con un monumento. Ninguna bandera, ningún homenaje, nada llena el vacío de un hijo, y menos. cuando se ha perdido de manera tan absurda. ¿quieres la flauta?

El muchacho enterró la medalla en el patio. Decidió afeitarse todos los días para mantener el secreto y los favores de la mujer. Aprendió a ordeñar, repartió el maíz a las gallinas, cultivó la huerta y remendó el techo de la casa. En fin, se ganaba el pan de cada día, y la mujer se sentía feliz.

Conozco el secreto —dijo Pascuala—. Mi difunto marido tenía los ojos de diferente color. Sufrió mucho por eso antes de conocerme. Déjate la barba. Te la quitas cuando vayas al pueblo.

El muchacho se dejó la barba y a la mujer le pareció graciosa.

—¿Por qué no te metes a un circo? sugirió la mujer—. Nunca he visto un payaso con barba azul.

Los payasos no tienen barba.

Cierto —dijo la mujer. Te verlas muy raro como payaso. Sigue haciendo los oficios. De todos modos, me haces reír.

Eres la única.

Tu suerte va, a mejorar, muchacho. Tengo ese presentimiento.

¿C los dioses te oigan —dijo el muchacho y dio un pequeño brinco—. Le puse nombre al cerdo. Grimm. Parece que le gusta.

Bonito nombre. Grimm, Grimm, Grimm, como el carrito de los helados. Bonito. ¿Pascuala Torres te parece un bonito nombre?

Casi un nombre de reina, señora. Pascuala Torres de la Dicha. Pascuala de las Finas Torres del Humo.

O Pascuala Torrevieja, muchacho.

Tuve un gato que se llamaba Charles Perrault. La mujer se rascó la cabeza.

¿De dónde sacas esos nombres, muchacho? Antes de la guerra tenía una biblioteca.

No me digas que sabes leer.

Por supuesto.

Qué raro eres, muchacho.

El muchacho aprendió a tocar la flauta y le enseñó a bailar al cerdo. La mujer se moría de risa. Entonces se supo que la princesa Floralba se casaría con quien la hiciera reír. Uno de los cuarenta caballeros del rey tocó a la puerta y dejó la noticia en tinta verde.

Voy a presentarme —dijo el muchacho No me gustan tos solterones.

No te arriesgues. Si no la haces reír, ordenará que te corten la cabeza.

Me arriesgaré. Si no la hace reír mi barba, lo intentare con la flauta.

Vive feliz, muchacho, pero no te olvides de Pascuala de las Finas Torres del Humo. Que el cerdo te acompañe.

Con la bendición de la mujer y el rostro cubierto por un pañuelo, el muchacho abandonó la casa. Grimm, que se revolcaba en todos los charcos, lo siguió como un perrito. Tres días después llegaron al castillo y se ubicaron al final de la cola de los pretendientes. La mayoría eran payasos. La princesa se sabía todos los chistes y todas las bromas. Tres días después sólo quedaban tres pretendientes. Uno de ellos arrojó humo por las orejas y la princesa ordenó que te echaran baldes de agua. Lo despachó tosiendo, algo furiosa. Otro se metió por una oreja de su yegua y salió por la otra. La princesa, intrigada, pidió explicaciones y el pretendiente se enredó tanto que a la princesa le dolió b cabeza.

Jamás me harás reír. Puedes conservar la cabeza y la yegua. Que pase el siguiente.

El muchacho se presentó asustado. Había decidido volver a la casa de ventanas rojas cuando

los guardias lo empujaron hasta el salón de los espejos. No tuvo otro remedio. Se arrancó el pañuelo. La princesa atajó el grito de asombro con la palidez de sus dedos y el resplandor de sus anillos. El muchacho, que estimaba su cabeza más que nada en el mundo, se puso la mano en el corazón, corno para detener su galope, mientras los espejos multiplicaban la barba. Hizo una venia y comenzó a

tocar la flauta. La dulzura invadió el rostro de la princesa Floralba y en ese instante el muchacho supo que se había ganado el cielo. La música se escapó por las ventanas y se confundió con la brisa de los duraznos. Con la misma gracia de una gota de agua resbalando por la piel de un pétalo, una sonrisa cubrió el rostro de la princesa. Grimm bailó, primero como una muchachita en el vals de sus quince años y luego como una loca de discoteca. La princesa se ríe con ganas. Todos rieron al oír su risa. Los cuarenta caballeros perdieron la compostura y rodaron por el piso.

Me casaré contigo si resuelves una sola pregunta —dijo la princesa lunar?
Detrás de la oreja.

Me casaré contigo —dijo la princesa. Ahora que vas a ser mi señor, toma las llaves del castillo.

El muchacho atrapó en el aire el manojito de llaves de oro y besó la mano de la princesa.

Nunca pensé que sería tan fácil —dijo.

No lo digas todavía —dijo la princesa.

El rey, medio dormido, hizo un lánguido gesto de aprobación y se retiró a descansar al fondo del palacio. Mora, por fin, podía dedicarse al ajedrez. Los cuarenta caballeros recuperaron la compostura y se retiraron aliviados. La larga espera había concluido.

Después del alboroto de la boda, la reina dijo: Ahora que eres mi rey, resuelve los problemas del reino.

Veré qué puedo hacer.

Lo harás bien, mi señor. Tenemos el problema del lobo que se tragó a una niña y a su abuela.

Es más fácil que ordeñar una vaca. Que le abran la barriga, se la llenen de piedras y lo envíen a otra historia.

Se hará como tú digas, mi señor de la barba azul. y con el gigante que acusa a Pulgarcito de robarle sus botas de siete leguas?

¿No es Pulgarcito nuestro cartero? Así es, mi señor.

Pues Pulgarcito presta valiosos servicios a la reina. Si se trata de un reclamo legítimo, asunto que todavía debe probarse, el gigante debería mostrarse orgulloso y agradecido. Ya le devolveremos las botas. Que le den una medalla y lo lleven a su casa con flautas y tambores.

La barba azul se puso de nicho. Todos los caballeros del reino se la pintaban porque consideraban que así se volvían interesantes.

Es una moda, ya pasará decían las mujeres.

Pronto se supo que el nuevo rey pasaba largas horas en la exquisita biblioteca del palacio, leyendo de la dicha. Se supo que leyó Las mil y una noches, Don Quijote de la Mancha y cien años de soledad. Aprendió francés y el arte de elaborar con papel de aluminio unos ruiseñores que se escapaban por las

ventanas. Algunos caballeros quisieron imitar la hazaña y les dolió la cabeza. Ni terminaron un libro ni sus ruiseñores volaron. La reina Floralba reveló su secreto máspreciado al oído del rey:

Desde niña soñaba con un hombre azul. Al verte, creí que te habías escapado de mis sueños por una oreja. Me hubiera reído aunque no tocaras la flauta.

¿Me viste ese día en el camino?

—Creí que eras un fantasma, mi señor. Ese día me descubriste el lunar. Me recogía los cabellos cuando te vi y me asusté como una niña. Después supe que todo era obra del destino y no hice más que reírme. Parecía boba. Me reí todo el día y toda la noche y me dolió el estómago. Me sentí _llena de vida, como ahora. Sabía que un día el destino re traerla al castillo. El resplandor de la medalla me encegueció. Tenías una medalla colgada, ¿verdad? ¿:1é la hiciste?

La sembré en el patio de la casa de Pascuala Torres.

¿Tenías unas botas colgadas del cuello? dijo la reina—. Vi que las agarrabas como si fueran las patas de un venado.

No se te escapa nada, flor de mis amaneceres. Fueron felices por un tiempo, resolviendo enredos e inventando otros, hasta que la reina Floralba dijo que la barba azul no le parecía tan graciosa y le propuso que dejara de teñírsela. Habla soñado con un hombre de barba azul que secuestraba mujeres y las encerraba en un cuarto de por vida. Una y otra vez despertó. gritando.

No me la tafia, mi barba es así.

La reina se desmayó del susto.

Al despertar, le informaron que el señor de la barba azul había abandonado el palacio con destino desconocido. "No aceptó guardias ni carruaje ni caballo, pero se llevó unos libros", le dijeron. La reina preguntó por la suerte del cerdo. Grimm también abandonó el palacio", le dijeron. La reina encontró las llaves del castillo en la mesita de noche y las bailó con sus lágrimas. No había ninguna carta debajo de la almohada. La luna, asomada a la ventana, le pareció un charco de lágrimas.

Los hombres se destiñeron la barba de inmediato.

El señor de la barba azul volvió a la casa de las ventanas rojas y Pascuala lo recibió con un abrazo. "Te extrañé más que al cerdo", dijo. Lo llevó al patio y le enseñó el árbol de medallas que había crecido durante su ausencia.

El viento hacía con sus ramas una música deliciosa todas las tardes.

Grimm giraba como loco alrededor del árbol. Unos ruiseñores plateados

Los niños del vecindario venían con frecuencia por una o dos medallas. El señor de la barba azul les leyó algunas páginas.

A Charles Perrault le encantaban los cuentos —dijo.

¿Un amigo? preguntaron los niños.

Mi gato —suspiró el señor de la barba azul. Pascuala preparó chocolate.

El otro día apareció en [a puerta un gigante con una medalla colgada del pescuezo —dijo. Me propuso que se la cambiara por la vaca. Le dije que las medallas se me pudrían en el patio. Creyó que mentía y lo invité a verlas con sus propios ojos. Cayó de rodillas y se puso a llorar. Pobre hombre. Le habían robado las botas.

¿Viste un lobo lleno de piedras?

Iba llorando porque le dolían las costuras. Gobernar no es tan fácil. Perdí a la reina.

Creó las noticias —dijo Pascuala. Pero no perdiste la cabeza. Alégrate.

El señor de la barba azul trató de sentirse feliz. Leyó en voz alta todos los libros y hasta Grimm pareció fascinado. Recitó poemas en francés a los ruiseñores. Hizo todos los oficios con la eficiencia de antes y se inventó otros, barrió las medallas secas que caían del árbol y entretuvo al cerdo con la música de la flauta. Pero nada pudo hacer con el hueco de su corazón.

La vieja se reía todas las mañanas.

Todavía te ríes de mi barba?

Me da risa que el rey ordeñe mi vaca. ¿Cuándo se había visto tal espectáculo?

Así es la vida. Un día soy el soldado favorito del general, otro día quiere enviarme al paredón. Un día me desprecian todas las mujeres y otro día me caso con la más hermosa.

Así es la vida. Mírame. Un día soy la bella Pascuala Torres, rodeada de pretendientes, y otro día soy doña Pascua la vieja, sola y fea. Un día eres el esposo de la reina y otro día ordeñas mi vaca.

Extraño a la reina.

La reina también te extraña.

¿Será que sí?

Eres el único que la hizo reír.

La vieja fue a escondidas al palacio y habló con la reina.

Una semana después el señor de la barba azul estaba pintando de azul las ventanas, trepado en la escalera, cuando vio una polvareda en el camino y reconoció los cuarenta caballeros y el carruaje real. Siguió pintando como si

nada. La reina Floralba se acercó. Con una barriga reciente y feliz, era el mismo vaso de agua, la misma flor recién cortada.

Qué barba tan graciosa tienes, señor, y qué lindas ventanas. Con la misma gracia podrías embellecer las cien ventanas del palacio.

¿No será que tienes problemas, majestad? Conozco ese gesto de preocupación. Ya aprendí que los problemas no se pueden resolver a la ligera.

Siete enanos quieren casarse con una tal Blancanieves.

Qué problema. Es más difícil que ordeñar la vaca.

Un gato loco se robó unas botas y cree que su amo, hijo de un molinero, es el marqués de Carabás. Veo que estás en problemas, mi reina.

Otro loco pide permiso para probarle una zapatilla de cristal a todas las mujeres del reino. —De verdad estás en problemas.

Otra se está muriendo de amor por un rey de barba azul que sabe pintar ventanas. Veré qué puedo hacer.

Lo harás bien, mi señor. Olvidaste un juego de llaves en mi mesa de noche.

El señor de la barba azul atrapó en el aire las llaves. Perdió el equilibrio y se cayó de la escalera. La pintura se derramó sobre su cabeza y la reina se rio. Los cuarenta caballeros lo hicieron después. Rodaron de los caballos y se retorcieron sobre el polvo.

Hice bien en casarme contigo, mi querido hombre azul —dijo la reina—. Quiero decirte que le perdí el miedo a los sueños. ¿Todavía soy tu amor?

La flor de mis amaneceres.

Volvamos de prisa al palacio, mi señor dijo la reina Floralba.

Llévate a Grimm, pero déjame los libros dijo doña Pascuala, que ya entendía algunas letras.

Ven a visitarnos cuando quieras, señora —dijo la reina Floralba—. Ya sabes que tenemos una biblioteca inmensa. Y ya sabes de mi eterna gratitud.

Pascuala Torres hizo una venia graciosa.

Los caballeros se limpiaban el polvo.

El tiempo apremia, mi señor —dijo la reina Floralba—. Tienes un hijo de sangre azul en camino y un general quiere declarar la guerra.

Al general le cortaremos la cabeza y lo enterraremos con muchísimas medallas. Si encuentran al lobo, que te saquen las piedras de la barriga y lo inviten a los bailes del palacio. Y que le devuelvan las botas al gigante de inmediato. Así se habla, mi señor.

Los caballeros treparon a los caballos. Ningún enano decide la suerte de Blanca-nieves. Enano, gigante o mamarracho. Ella misma verá si quiere casarse o no.

Te olvidas del gato del hijo del molinero, mi señor.

Necesita un siquiatra. ¿Tenemos alguno? Teníamos uno que le preguntaba al espejo quien era el siquiatra más bello del mundo dijo la reina Floralba. Te olvidas del loco de la zapatilla.

Mientras no arroje piedras, déjeme tranquilo. Ya encontrará una toca que lo atormente.

Y de tu hijo qué dices, mi señor?

Le ofreceremos la risa, señora de mis altos pensamientos.

En el palacio supieron que el general ya había declarado la guerra. El señor de la barba azul corrió al campo de batalla, donde los soldados de uno y otro lado peleaban con pavor, y comenzó a tocar la flauta. La música les hirió el corazón. Vieron bailar al cerdo y soltaron la risa. No les extrañó el espectáculo del cerdo sino su propia presencia: se preguntaron qué demonios hacían disparándole a gente que nunca habían visto ni les había hecho daño alguno. La risa, desbocada, recorrió el campo de batalla con el entusiasmo de una loca de atar. El general que había declarado la guerra se hundió en la tierra y de sus huesos brotó un árbol de medallas. Los soldados de uno y otro lado bailaron entre las medallas que arrastraba el viento, luego saltaron la línea del odio, se abrazaron y siguieron bailando. Más tarde regresaron a casa, felices, con todos sus brazos, con todas sus piernas, con todos sus ojos, y recibieron cartas de las mujeres del país que ya no era enemigo, cartas de dicha y regocijo, cartas de mujeres que hablaban de sus hombres con todos sus brazos, con todas sus piernas, con todos sus ojos y con el corazón intacto y lleno de amor.

1996

AVISO DEL PERIÓDICO decía que la princesa se casaría con quien le diera el mejor beso. Sin duda, alguien que sabía besar sabría gobernar el reino. Muchos acudieron al palacio y esperaron durante días y noches. Los periódicos dedicaban la primera página a la lotería del beso. Los pretendientes, cada vez más numerosos, dormían de pie para no perder el puesto, avanzaban sin darse cuenta, empujados por los de atrás, hasta que el secretario del palacio les tocaba el hombro para avisarles del turno. "No te pise los cabellos, no le diga una sola palabra y no demore más de un minuto", advirtió el secretario antes de abrir la puerta y les deseaba suerte con una sonrisa de suficiencia y la V de la victoria en los dedos. La princesa Mirasol los esperaba tendida en la cama azul, descalza, toda vestida de blanco, los cabellos sueltos, derramados por toda la habitación, los brazos sobre el pecho y los ojos cerrados. El pretendiente de turno se acercaba y estampaba el beso. Si la princesa no abría los ojos, significaba que el pretendiente debía probar suerte en otra parte. El secretario les decía adiós sin la sonrisa de suficiencia y sin la señal de la victoria, y los veía alejarse por la calle de la desgracia con el tormento de la princesa anidado para siempre en el corazón.

Una vez abrió los ojos, una sola vez, y el pretendiente escapó: la princesa era ciega. Nadie se lo había dicho. Era el mayor secreto del reino.

El pretendiente se emborrachó esa noche y regó la noticia. Había gastado una fortuna en un curso de besos por correspondencia, había apostado su vida a ese beso, y todo para nada. El pretendiente bebía, maldecía, golpeaba la mesa y amenazaba con demandar al rey por daños y perjuicios. Más borracho aún, lloró al imaginarse sumergido en el río de los cabellos sueltos de la princesa y único dueño de sus besos, y delante de todos hasta aceptó convivir con el secreto. No pudo hacerlo porque los guardias vinieron y se lo llevaron sin atender sus razones. Le cortaron la cabeza al amanecer. El rumor se expandió como pólvora, de todas maneras, y los cursos por correspondencia se suspendieron.

Sólo abrió los ojos porque me asustó su barba —explicó la princesa, y el secretario registró el dato en el libro de actas de besos del palacio todos los anteriores vinieron bien afeitados.

Se había gastado su dinero en un curso de besos —señaló el secretario.

Qué manera de despilfarrar comentó la princesa—. Imagínate lo que hubiera hecho con las riquezas del reino.

Nadie decía que [a Princesa Mirasol era ciega. Nadie divulgaba el secreto. Pero el rumor era un caballo negro que masticaba las orejas como hierba.

Cuando dibujaban a la familia real en los cuadernos, los niños no olvidaban el detalle. Los profesores borraban los ojos de la princesa y los dibujaban de nuevo, tan azules, tan divinos. Los profesores querían conservar el puesto, y la cabeza en el puesto, por supuesto.

Nadie mencionaba el estrabismo al ver en las revistas de vanidades las fotografías de la princesa dormida.

Es la bella durmiente decían No ha llegado el príncipe que pueda despertarla.

Eso decían porque a nadie le gusta que le quiten la cabeza al amanecer. Ni siquiera en la cola de [os pretendientes, cada vez más escasos y desanimados, se comentaba el incidente. Ya no se empujaban con el mismo afán ni se miraban a los ojos. Silenciosos, unos dormidos y otros dedicados a resolver crucigramas, se preguntaban si el riesgo valía la pena. El caso de la bella durmiente pasó a otra página de los periódicos. Los pretendientes se sintieron abandonados. Más allá de la puerta real adivinaron a una mujer triste y aburrida, cansada de tantos besos, que sólo esperaba que la dejaran dormir en paz de una vez por todas. Los últimos pretendientes volvieron a casa sin probar suerte.

Por ese tiempo se hizo famosa la canción de la princesa bizca. Todo el mundo la conocía pero nadie la cantaba. Se oían voces al otro lado de la pared. Saltaban al otro lado o espiaban por un agujero y no habla nadie. Las voces entonces se oían a este lado. Saltaban la pared y otra vez no habla nadie. Era una canción muy dulce, muy tierna y nostálgica, que hablaba de una mujer sola que lloraba más allá de sus párpados cerrados. La Llorona, una mujer andrajosa y despeinada, que arrastraba cadenas a medianoche, la cantaba con desgarradora intensidad. La describían alta, blanca y delgada, como la princesa, pero nadie se atrevió a abrir la ventana para verla pasar.

Como era de esperarse, la canción llegó a los oídos del rey, que a las nueve de la mañana recortaba una rosa en el jardín real. Al despertar, el secretario del palacio le había recordado el cumpleaños de la reina y la promesa de presentarle una rosa cortada por sus manos y con tres gotas de su propia sangre. Otra vez 19 de marzo, como pasa el tiempo, dijo el rey sin mucho entusiasmo. La primera vez, a principios de siglo, se había puyado el dedo con una espina y se le ocurrió decirle a la reina que lo había hecho a propósito para demostrarle su amor. Ay, "Plutarco, quiero rosas ensangrentadas toda mi vida", dijo la reina, alborotada, el resto de sus años el rey usó una tinta secreta y la reina se conformó con el engaño.

El rey Plutarco no vio quién cantaba la canción de la princesa bizca pero se detuvo como una estatua con el tallo de la flor apretado entre las yemas del pulgar y el índice de su mano derecha, fascinado por la belleza de la voz, y luego conmovido por la aplastante verdad de la letra, Junto al ángel blanco que de noche vomitaba

chorritos de agua verde, lloraba chorritos de agua azul y orinaba chorritos de agua amarilla en el centro del Jardín, y entendió que no podía ocultar un día más el secreto que todo el mundo conocía. La reina, que lo vio así desde la ventana, en pijama y sin la corona que le disimulaba la avanzada calvicie, con el pie izquierdo en el aire y corno a punto de volar, lo confundió con un espantapájaros.

Esa misma noche, en el banquete del cumpleaños, el rey anunció que su hija bizca se casaría con quien quisiera y abrió las puertas del palacio a toda clase de visitantes.

Comenzó una deliciosa época de grandes bailes y risas, y la princesa dejó de llorar por dentro.

Ya me dolía la espalda de estar acostada dijo.

Aliviada del peso del secreto, bailó hasta casi desbaratarse el esqueleto y en un instante de inventó el paso del canguro alucinado, que se hizo famoso en todo el reino Los anteojos, redondos y oscuros, la hacían ver interesante. Se cortó los cabellos para practicar los ritmos más frenéticos y, sobre todo, para no enredar a la pareja. Olvidaba los zapatos y los anteojos en casi todas las fiestas. Alguien alabó la belleza de sus ingobernables ojos azules, otro se extasió ante su cuerpo de alambre, otro se bañó en la nieve de sus manos. Los anteojos de la princesa se pusieron de moda. Hechizado por la redondez de la luna, otro que también perdió la cabeza arrancó treinta rosas de un jardín ajeno y se las presentó manchadas de sangre.

La que se vuelve loca por las rosas es mi mamá —explicó la princesa . Puedes traerme astromelias y nomeolvides.

No te olvidaré —dijo el hombre.

Quiso cumplir la tarea pero esta vez los guardias lo atraparon. Por entre los barrotes siguió contemplando la luna.

La princesa se divertía tanto que a veces se le olvidaba que buscaba a alguien para casarse. ¿Para qué voy a amarrarme si la estoy pasando tan bien? —dijo—. La vida está llena de delicias inconfesables.

El palacio reventaba de gente feliz.

Alguien fue por la mano de la princesa y encontró trabajo como cocinero. La princesa lo adoraba porque preparaba corno nadie el cerdo en salsa de almendras. Otro llegó en un caballo blanco y la princesa se lo cambió por un par de loros franceses. Otro fue al palacio porque creyó que todavía repartían besos.

El concurso se acabó —explicó la princesa, muerta de la risa—. Pero puedo darte uno sin compromiso.

Y le envió por el aire, desde la punta de los dedos, un beso con sabor a chocolate.

¿Y quién es ella? —preguntó un despistado que entró al palacio por equivocación—. ¿Han visto a mi gato?

Una negra feliz que leía el cigarrillo, las cartas y las líneas de la mano, acudió al palacio con una noticia reciente:

Veo dos caballeros idénticos pero no sé cuál de los dos te robará el corazón.

No te preocupes —dijo la princesa Si se trata de mí, debe ser uno solo.

En ese momento entraron al salón del palacio, para una visita de cortesía, los gemelos de Prusia, Jacobo y Guillermo.

No te preocupes —advirtió Guillermo de Prusia—. Somos gemelos.

¿Los cuatro? —preguntó la princesa, muerta de la risa. esta historia. Mucho tiempo después tuvo hijos, enviudó y se murió.

Por ahora baila, se divierte y es feliz.

FÁBULA DE LA PEQUEÑA BELLA DURMIENTE

CUANDO LA REINA Anastasia resbaló en el jardín del palacio y se quebró el cuello, su hija Ciernen-tina preparó unos funerales espléndidos y envió invitaciones a la realeza del inundo entero.

Como viajar no era tan rápido en aquellos tiempos y algunos reyes se demoraron unos cuantos meses en aparecer, la reina Clementina VII decidió conservar a su madre en una caja de cristal.

Algunos reyes, finalmente, nunca aparecieron, y la antigua reina continuó en la caja.

De niña, la princesa María Angélica, hija de Ciernen tina VII, creía que la abuelita Anastasia solamente estaba dormida y nunca se atrevió a despertarla. La miraba desde la puerta con un dedo en la boca, mientras el jardinero negro cambiaba las rosas de los jarrones. Le parecía que cada día la abuelita estaba más pequeña.

La princesa María Angélica soñaba que despertaba toda cubierta de telarañas, reducida al tamaño de Pulgarcito, en una caja de cristal golpeaba con desesperación mientras el aire se acababa. Despertaba de verdad, empapada, gritando, envuelta entre las sábanas, a veces debajo de la cama, y corría a mirarse en el espejo.

Cuando la consideraron con edad suficiente, le explicaron que la abuela Anastasia no estaba dormida sino muerta y que habla sido reina en otro siglo.

¿Y por qué no la entierran como a todo d mundo? —preguntó la princesa Maria Angélica. La gente quiere rendirle homenaje.

Los reyes, Clementina VII y Claudio III, más conocidos como la flaca Tina y el gordo Claudio, abrían las puertas del palacio tos domingos, sólo los domingos, y la gente hacia cola para ver a la di finita. El reglamento establecía una mirada de sólo tres minutos para que la difunta reina, la pequeña bella durmiente, no se desgastara. La verdad es que tres minutos eran demasiado tiempo. La gente dedicaba diez segundos a la momia y el resto a la decoración de la sala. Siempre salían hablando de las cortinas viejas y raídas, indignas de un palacio real, y a menudo exageraban e inventaban.

Doña Tina parece un palo de escoba decían unos—. Se la va llevar el viento.

Y don Claudio, un globo —decían otros Pero será difícil que se lo lleve el viento.

¿Y qué dicen de la pequeña bella durmiente? Decían de todo.

La pequeña bella durmiente s era pequeña pero no tan bella. Su piel se había vuelto amarillenta, como las velas que ahumaban las iglesias, sus uñas se habían alargado y curvado, y los labios se habían acortado y dejaban ver las hileras de dientes desordenados y sin cepillar. La pequeña bella durmiente parecía una muñeca del circo del terror o, peor aún, una pequeña bruja, y ni siquiera una bruja

de alcurnia sino solamente una anticuada bruja de juguete. Las ropas le quedaban cada vez más grandes, por supuesto, y parecía la hermana menor de las momias egipcias que los niños habían visto en los libros.

El viejo jardinero negro era el único que la veneraba.

¿De verdad conociste a la abuela? preguntó la princesa María Angélica.

Yo era muy joven cuando vine a cuidar el jardín y ya soy muy viejo, princesa. La reina Anastasia sabía mandar, sí que sabía mandar, y se hizo famosa por su corazón de hierro.

Cambió mucho cuando enviudó. Ya vieja, se vestía de roto y daba fiestas todas las nobles. Quería divertirse antes de descansar junto a los huesos del rey Lázaro, todo un santo varón. Ay, princesa, no entiendo nada, no me gusta que la expongan a los ojos de tanta gente que no le manifiesta ningún respeto. Al menos, mientras yo viva, no te faltarán las rosas.

La princesa tampoco entendía aquello de los homenajes. Aparte del jardinero, nadie le llevó una flor a la difunta ni mucho menos le dedicó una oración. La gente iba al palacio a brujear, a mirarlo todo con avidez, para después regar el chisme y desquitarse por una entrada tan cara.

En casa no estarnos tan mal —decían.

¿Te fijaste en las troneras de la alfombra?

Esa momia, con sólo tocarla, se desmorona.

Está buena para dársela de banquete a las polillas.

La princesa pidió otra vez que enterraran a la abuelita Anastasia o que la vendieran a un museo.

No nos darían ni el dinero que le sacarnos en un mes —dijo doña Clementina VII, y se acabó la discusión.

En fin, con los años, la princesa María Angélica entendió que la exhibición de la reina Anastasia era un gran negocio y, cuando ella misma fue reina, se sintió incapaz de renunciar a las fabulosas ganancias. Organizó los funerales de sus padres, la flaca Clementina VII y el gordo Claudio III, que estiraron la pata con pocos meses de diferencia, y conservó a la abuela. Agotada por las exigencias de los funerales y mientras los últimos invitados abandonaban el palacio, la recién nombrada reina concibió de súbito una luminosa idea: mandó escribir un libro con la vida y milagros de la difunta Anastasia para cimentar su prestigio y acabar con las murmuraciones. *La magnífica y ejemplar vida de la reina Anastasia de Todos los Santos* fue su memorable título. Se decía en las tabernas que la difunta fue una gran parrandero, que de noche habla dormido menos que un vampiro y se escapaba por las ventanas para ver a los novios y que en su juventud había vendido canastos en la plaza de mercado, pero no, qué barbaridad la reina siempre fue de sangre azul hasta las orejas, una respetadísima señorita y un nido de virtudes. Había dormido desde su niñez hasta su juventud, cuando el futuro rey la despertó en el bosque con un beso. Su madre la había llevado allí en una cama de ruedas a tomar el aire fresco. El rey, entonces un bellissimo príncipe que cazaba conejos para matar el ocio, la vio dormida entre las flores y cayó rendido de amor. Levántate, Lázaro, y dale un beso dijo la madre de la joven Anastasia.

El príncipe, que de la vida ignoraba casi todo, se acercó y le dio el famoso beso. La princesa Anastasia abrió los ojos y preguntó:

—Señor, ¿desde cuándo no te afeitas?

La madre replicó que esas preguntas no se le hacían a un príncipe.

Entonces dime desde cuándo no re bailas. Cállate, niña —dijo la madre.

He estado corriendo detrás de los conejos dijo el príncipe Lázaro.

Ya te haré correr detrás de mi dijo la princesa Anastasia.

Me mata la emoción —dijo el príncipe Lázaro.

—Entonces yo llevaré la escopeta dijo la princesa Anastasia.

Con la publicación del libro, la fama de la bella durmiente se solidificó y se extendió a otros países. Nada se decía de su afición a practicar el tiro al blanco con el rey ni de su legendaria tacañería. Una vez hizo pintar la puerta de la casa de un pobre y el libro explicaba con abundantes detalles y fotografías que la reina Anastasia regaló treinta y siete casas a los más necesitados. Un pedacito de hoja seca que cayó en el ojo durante los magníficos funerales del rey Lázaro le arrancó una lagrima y el libro la transformó en un millón de lágrimas de amor al difunto. Una vez le regaló una pastilla para el dolor de cabeza a una de sus sirvientas y el libro afirmaba que la reina Anastasia realizaba milagros con cierta frecuencia.

La magnífica y ejemplar vida de la reina Anastasia de Todos los Santos nada decía de la famosa escena de la tumba que los borrachos representaban muertos de risa en las tabernas. En ninguna de sus ochocientas cuarenta y dos páginas se mencionaba que los lunes, día de los difuntos, la reina Anastasia se vestía de negro y golpeaba la tumba del rey Lázaro con el magnífico diamante de su anillo.

¿Quién es? —decía una voz.

Tu amada Anastasia, Lázaro mío, tu chiquita del alma.

Ya no eres mi amada ni tampoco soy tu Lázaro —decía la voz—. Se nota que te diviertes sin mí. Hasta aquí llega la música de las parrandas del palacio. Hasta aquí llegan las botellas de champaña que tus invitados arrojan por las ventanas, Déjate de reproches, Lázaro. Olvidas que soy la reina. Además, me duele todo, hasta los huesos. La champaña me revuelca el estómago. La vida es dura. En fin, desconsiderado, tú no tienes de qué quejarte, ya no te duele nada.

Tan vieja y sigues bailando como una loca. Loca, tal vez, Lázaro. Vieja, nunca.

—No te arrodilles, querida, podrías cortarte con el pico de una botella de champaña.

No te pongas difícil, Lázaro, Cualquiera pensaría que soy tu adoración. No quiero que te lastimes las preciosas rodillas.

Vine a verte porque te quiero.

Hay amores que matan. Ay. El agujero que me hiciste no se me llena con nada. Te esperé porque no tenía dónde ir.

Ay, Lázaro.

Ay, Anastasia. ¿Por qué me disparaste?

Le disparé a la manzana que te pusiste encima de la corona. Te moviste a última hora.

Me diste en el corazón y se me acabó la vida.

No te pongas con detalles ahora. Nos vemos, querido. Voy a quitarme estos trapos. Nunca me gustó el negro.

Dicen que el luto le sienta bien a la reina. ¿Todavía acabas un par de zapatillas por noche?

¿quién le dispara ahora? Me matan los celos, querida.

¿Acaso no tengo derecho a divertirme? Ahí te dejo un beso, Lázaro mío.

Nos vemos el lunes —decía la voz. Trata de dormir.

Ya dormiré cuando venga a acompañarte para siempre, querido. Te hago una promesa para que te pongas contento: voy a mejorar la puntería.

El libro se vendió como pan caliente a pesar de las falsedades y las omisiones, de sus ochocientas cuarenta y dos páginas y su precio descarado.

Se tradujo al inglés, á francés y al italiano, y en todas partes se vendió con el mismo éxito. Ganó el Premio Vidas Ejemplares, que cada año otorgaba la respetadísima academia de Pepita Mocedades, muy amiga de la reina María Angélica, por cierto. Brigitte Bardot y Sofía Loren, dos famosas actrices, se disputaron el honor de representar en el cine a tan ilustre dama y se murieron esperando el honor.

De Egipto llegaron unos turistas para contar que los faraones seguían divinos. De Moscú vinieron Leona Tolstoi y Federica Dostoievski, muy afligidas porque se le estaban volviendo polvo los huesos al general de bigotes que exhibían en el palacio de gobierno desde hacía cincuenta años. De Inglaterra vinieron algunos científicos que planeaban hacer una pequeña bella durmiente con la reina actual.

Lo malo es que no es bella ni pequeña.

La reina Maria, Angélica les explicó que podían reducirla con técnicas africanas pero que debían comenzar a adobarla en vida, y que luego podían estirarla para borrarle algunas arrugas.

También pueden arreglarle la nariz y chamuscarle los bigotes.

Los científicos volvieron a su país encantados. Sólo esperaban que la reina estirara la pata. La reina de Inglaterra era un hueso duro de roer. Se

murieron primero los científicos y la reina los hizo guardar en frascos de alcohol para los experimentos de los estudiantes, ya que las ranas estaban en vías de extinción.

A las afligidas moscovitas la reina María Angélica les aconsejó que cambiaran al general

Le peinan los bigotes, le cubren el pecho de medallas y nadie se dará cuenta. Un general es como otro general.

Es un héroe de guerra, majestad —dijo Leona Tolstoi.

¿Fue a la guerra?

No propiamente respondió Federica Dostoievski —. La dirigió desde el palacio en Moscú,

No propiamente --dijeron las moscovitas.
Las atajaron los cuerpos de los soldados antes de llegar a Moscú.

Un general es como otro general dijo la reina.

Le avisaremos de los resultados, majestad.

—Esta vez tengan más cuidado —advirtió la reina—. Los generales son la delicia de los gusanos.

La reina María Angélica era feliz. Habiendo armado la paz con todos los países vecinos y el reino prosperaba. Hasta su matrimonio funcionaba de maravilla. Dormía bien y se mantenía bella. Su marido la adoraba. La adoraba y le temía.

Si me muero primero, no vayas a exhibirme como a la bruja —dijo el marido.

Según veo, necesitaremos una caja de cristal de dos metros de largo, uno de ancho y otro de alto. No te faltarán las rosas mientras yo viva.

No estoy bromeando, querida.

No te preocupes, querido, y cierra los ojos. El marido por fin se quedaba dormido y, mientras lo contemplaba, la reina imaginaba qué tal se vería junto a la pequeña bella durmiente. Las entradas, sin duda, se multiplicarían.

EL PAÍS DE LAS BELLAS DURMIENTES

la mujer hablando sola en una esquina. Encontré la billetera en la mesa de la cafetería y volví corriendo. Supuse que no me había demorado porque Rosario seguía en la esquina hablando del mismo libro. Debí huir, pero el hilo de las palabras me arrastró hasta su casa. Me presentó a la madre, una anciana medio sorda y bastante toca, comimos y vimos la telenovela de las nueve, y Rosario, que casi era mi novia, todavía hablaba del libro. Me pareció que estaba bien que leyera pero no tenía necesidad de memorizarse todas las páginas.

Ratón —dijo la anciana.

Rosario le sirvió un trozo de carne y un vaso de leche.

Mamá se convirtió en gata hace siete años dijo.

No pude concentrarme en el noticiero ni muchos menos en el programa de concursos. La película de medianoche comenzó y se acabó y Rosario todavía hablaba. Al parecer, le quedaba saliva para mucho tiempo.

Un día me contó que leía sobre unicornios. Se le metió la idea bien adentro. Me pidió que le consiguiera un unicornio como prueba de amor y me dio un beso. Ya era mi novia entonces.

Arciniegas, aquí no vuelvas sin el unicornio precisó.

No sabía por dónde empezar. Nadie daba razón de los unicornios. De cada país le escribía a Rosario y ella respondía: "Querido mío, sigue buscando". Buscaba cada vez más lejos y me confundía. con tantos países. Al despertar; abría la ventana y preguntaba al primero que veía en qué país estábamos. Me miraban como si estuviera loco.

¿Han visto un unicornio por aquí?

No en estos días —decían sin detenerse.

Seguí buscando porque amaba a Rosario y necesitaba demostrarle que era capaz de cualquier cosa, hasta de encontrar un unicornio.

"Mamá estiró la pata: se comió un ratón envenenado", escribió Rosario.

Pasaron tres años y más de treinta países. "Querido mío, ya casi no me acuerdo de ti, pero

sigue buscando", me escribió mi lejana novia.

A los siete años me di por vencido. "El unicornio no existe", le escribí a mi novia. 'Tú tampoco

existes —me respondió—. Voy a casarme."

Le di la razón: la había abandonado. Alguien me envió el recorte del periódico. Se veía bonita mi novia, toda vestida de blanco, bonita y feliz, gordita, y me alegré de que ya no estuviera sola.

Ya no buscaba al unicornio. Caminaba por caminar. Conocía países por conocerlos. Consideré que podía desempeñarme muy bien como profesor de geografía, pero el impulso me impidió establecerme. En el mapa, sobre cada país conocido, marcaba con lápiz una x. Me atraían las ciudades á la orilla del mar. Aprendí a construir unicornios de arena y los turistas me arrojaron monedas.

Así llegué al país de las bellas durmientes. Se decía que en cada casa maduraba una bella durmiente. Dormían toda la vida y el sueño las volvía hermosas, hasta que alguien las despertaba con un beso. Entonces se dedicaban a cocinar entre bostezos, criaban dos o tres niños y se volvían feas. A la entrada del país un guardia me preguntó cuánto tiempo pensaba quedarme:

No lo sé, dos o tres meses.

Me parece bien. ¿Negocios o placer?

Placer —dije, y agregué una mentira--: Estoy buscando un unicornio.

Me parece bien dijo el guardia, y se quedó dormido.

Retiré el pasaporte de su escritorio y entré al país con el pie derecho, algo cansado de viajar. Casi no encuentro hospedaje: todos dormían.

Todos los hoteles repletos. Todos los escaños de todos los parques, todas las sillas de todos los teatros y hasta la sombra de todos los árboles. No se oían ni los pájaros. Dormían, tibios, en sus amorosos nidos. Los escasos transeúntes se movían en puntillas para no despertar a los vecinos. En las calles del centro había camas sencillas para durmientes de paso, "dormideros", pero rara vez se encontraba una libre.

Tres días después, muerto de cansancio, encontré un cuarto en *El sueño feliz*.

Eres afortunado —dijo la dueña, una gorda sonrosada, de cabellos rubios y ojos azules—. Esta mañana quedó libre el 303. El señor Facundo dejó de dormir.

Viendo mi asombro, la señora explicó:

Murió.

El cuarto del difunto me pareció bien para dos o tres meses, mientras conocía el país. Usaría los objetos y la ropa del difunto, todo de mi talla y gusto, por suerte. Dormí con dedicación, sin quitarme la ropa ni los zapatos. Al despertar, llamé al restaurante del hotel y pedí un café. No había café. Y agregaron, como si se tratara de una droga prohibida:

Nos quita el sueño.

Encendí la televisión, Sólo presentaban películas espantosas que daban ganas de dormir, concursos aburridos donde todos los participantes bostezaban, propagandas lentas y tediosas; Apagué antes de quedarme dormido, Quería conocer el país en vez de dormir,

Salí a caminar y, aunque ya ne lo buscaba, pregunté por el unicornio. No se me ocurrió otra cosa, Vete a dormir -me dijeron en todas partes.

Nadie me dio razón del unicornio en aquel país donde todo parecía diseñado para el sueño.

Almacenes de colchones y almohadas, sábanas y cobijas, en todas las calles. Hasta el solo volvía a uno soñoliento. Hasta las iglesias, grandes y cómodas, hasta los movimientos de la gente, lentos y suaves, hasta su manera de hablar, todo daba sueño.

En el país de las bellas durmientes no se decía adiós sino Dios quiera que duermas bien. Como era de esperarse, Dime con quién duermes y te diré quién eres encabezaba la lista de los libros más vendidos, uno muy breve, por cierto. Los libros gordos no se vendían por motivos de sueña En los jardines públicos cultivaban bellas durmientes, unas plantas muy pequeñas que, al más leve contacto, cerraban sus hojas como abanicos. Los piquetes de los mosquitos provocaban sueño. El insomnio se curaba introduciendo al enfermo en cámaras repletas de esta clase de insectos. En el mercado se p-odia comprar aceite de mosquito para adormecer el dolor. Entre más se dormía ms reputación se conseguía. Los desvelados eran la peor clase social.

Bellas mujeres casi desnudas recorrían las calles con los ojos cerrados. Nadie se atrevía a tocarlas. Ni siquiera el viento las despeinaba

Pregunté por la más famosa de las bellas durmientes y me señalaron el palacio real.

No podrás verla —dijeron. La princesa Isabel está durmiendo.

Debes esperar hasta el domingo y sólo podrás verla si te ganas la rifa —dijeron.

Si la ves, podrás contárselo a tus nietos dijeron.

Habrà algo interesante que decir de ti dijeron.

La playa era un solo ronquido. Encontré un rinconcito para amontonar la arena y ensayé un unicornio dormido. Los turistas me arrojaron monedas.

El domingo fui al palacio. Pagué la entrada y me dieron un número. Hice la fila, esperé tres horas y se me durmieron las piernas. Pasamos a un inmenso salón rojo. "Ya saben las reglas", dijo un _hombre vestido de negro, micrófono en mano. Pregunté por las reglas a mi vecino de asiento y se durmió antes de terminar de explicármelas. El hombre de negro hizo algunos trucos: extrajo un conejo del sombrero, un pañuelo kilométrico de su boca, huevos de los bolsillos de un colaborador espontáneo. Aleteó, evité, se arrancó las orejas. Luego, antes de que nos durmiéramos todos, apareció una canasta. La giraron, revolvieron los papeles en su interior y sacaron uno.

3034 —dijo d hombre de negro.

Nadie apareció. Seguro que el afortunado dormía. Giraron, revolvieron y sacaron otro papa 4357 —dijo otra vez el hombre de negro. Nada. Otro dormido. Otra vez a girar, revolver y sacar.

3333 —dijo el hombre de negro.

Era mi número. Seguro que hubieran seguido sacando números toda la tarde, hasta encontrar el mío, porque era uno de los pocos despiertos. Salté al escenario. Dos o tres pelagatos aplaudieron. ¿Quieres ver a la bella durmiente? —dijo el hombre de negro.

Tuve ganas de responderle que prefería a la mujer araña, pero me contuve. El humor no era para los soñolientos.

Si dije con toda educación y fingí la sorpresa. Quiero verla.

Te está esperando —dijo el hombre de negro.

Me condujeron por un corredor limpio, muy iluminado, hasta un cuarto inmenso, En el centro del cuarto había un bosque, y en el centro del bosque, una cama. La princesa Isabel acababa de desayunar y aún estaba despierta.

Me preguntó el nombre pero sólo retuvo el apellido. quiso saber sobre el origen de mi familia. De Málaga, majestad —dije.

¿Dónde queda eso?

Muy lejos, majestad, muy lejos. Conversamos de cosas sin importancia mientras le lavaban el rostro con agua de rosas y le cepillaban los cabellos.

Todavía conversábamos cuando apareció el rey, bostezando, en pijama y con la corona puesta. La princesa nos presentó y aproveché para preguntarle con todo respeto si le quedaba un instante para gobernar, pues en su altísima posición de rey debería dormir todo el tiempo.

Es muy fácil, Arciniegas —explicó el rey, y bostezó. Dormimos tanto que gastamos menos ropa, menos comida, menos de todo, y tenemos muchos menos problemas. Así es muy fácil gobernar. Nuestra reunión mensual de ministros es como en todos los países: la mitad viene al palacio y se duerme, y la otra mitad se queda durmiendo en casa. Somos una familia feliz. Todo lo que una familia necesita es un buen colchón. ¿Usted duerme bien? Demasiado.

Felicitaciones, Arciniegas —dijo el rey e Pero usted no es de los nuestros. Le dije de dónde venía y se asombró. Nunca había oído de mi país. Era tan pequeño e insignificante.

—¿Qué le busca entre nosotros? La policía no me ha dicho nada, Por bruto, no le dije que soñaba conocer a la princesa Isabel sino que estaba buscando al unicornio.

Se vería lindo en mi jardín suspiró la princesa.

Muy bien —dijo el rey, retirándose

Avíseme cuando lo encuentre.

Tal vez me case contigo, Arciniegas añadió la princesa.

Creo que lo dijo por cortesía. Me pidió que la besara. Disimulé el temblor con una frase cualquiera. Me acerqué a besarla en la frente, por cortesía, y se durmió. Luego me explicaron que hubiera podido besarla donde quisiera, pero era tarde. No volví al palacio porque nadie se había ganado dos veces la rifa.

A uno que quiso dárselas de vivo, le cortaron la cabeza —dijeron.

Entonces seguí buscando. No tenía más nada que hacer. El destino de profesor de geografía, me pareció deprimente y, por otra parte, el camino de regreso a Málaga se me borró como por arte de magia. Aún sigo buscando al unicornio.

La princesa Isabel, que ahora es la reinada mujer de uno que se atrevió a besarla en la boca, con muchos hijos y algunos nietos, de vez en cuando me envía una postal, como respuesta a una de mis largas y minuciosas cartas, una por país.
"Querido mío-, me escribe, "sigue buscando"
1993

LA PRINCESA, EL GATO Y EL DIABLO

DURANTE MUCHOS AÑOS los reyes esperaron que su hija Francisca eligiera un pretendiente. El palacio rebosaba de pretendientes de todos los colores y tamaños, de países vecinos y de reinos tan remotos que tal vez ni siquiera existían. Los reyes estaban algo cansados de alimentar a tanta gente.

El sueldo no me alcanza —se quejaba el rey. Debí cobrar una inscripción y un seguro.

Se emborrachan y rompen todo --se quejaba la reina—. De la vajilla que nos obsequió la reina Josefina no queda un solo plato.

Se propasan con todas —se quejaban las sirvientas—. La cosa les parece tan buena que muchos pretendientes enviaron por su familia y los sirvientes, y ahora somos sirvientas hasta de sus sirvientes.

¿De dónde vienes? preguntó un pretendiente a otro.

De Ukelele.

¿Dónde queda?

Lo sabré cuando me case con la princesa Francisca.

¿Y si la negra no te elige?

No tendré a dónde ir.

La princesa paree feliz entre tanto alboroto. Los pretendientes decían morirse por ella y seguían igual de vivos al otro día, comiendo y bebiendo en abundancia.

La princesa nos desprecia pero la vida en palacio no es tan mala —decían—. Es gratis.

La princesa los esquivaba por igual. No diferenciaba rostros ni conocía nombres. Sólo sabía que el número aumentaba cada semana. En su corazón sólo había sitio para el gato.

La princesa. y su gato, negro y espumoso, tomaban el sol en la ventana, espíados por los pretendientes mal disimulados entre las plantas del jardín,

bebían del mismo plato y dormían en el mismo cuarto. El gato la mantenía a salvo de los bigotes de los pretendientes.

La historia parecía que no tendría fin hasta que la princesa llegó brincando de felicidad.

Me dieron un beso —dijo ante el rey, la reina y los consejeros.

¿Cómo? —dijo la reina.

Un beso caliente. Miren cómo vengo de negra, señores.

Eres negra desde chiquita —dijo la reina. Los consejeros no dijeron nada.

¿Dónde? dijo el rey, tratando de dominarse.

En el mercado —dijo la princesa. El mercado de flores de Getsemani, entre las astromelias y las siemprevivas.

—¿En qué parte de tu humanidad? dijo la reina.

En la boca, por supuesto.

¿Quién? —dijo el rey, incapaz de dominarse. El diablo.

Un pobre diablo, no me cabe duda --dijo la reina. Y bien infeliz va a ser con el poco juicio que tienes.

Los consejeros no dijeron nada.

El mismo diablo —precisó la princesa, negra de la &cha—. (biero decir, señores, el diablo en persona. Les anuncio que esta noche vendrá a visitarnos. Por favor, traje largo para las damas, corbata negra para los caballeros y los honores de rigor.

Ese discurso me corresponde —protestó el rey.

Por favor, papi —dijo la princesa.

Traje largo para las damas, corbata negra para los caballeros y los honores de rigor para el invitado.

—Ése es mi papi.

Los consejeros hicieron una venia y se retiraron a buscar la corbata.

El diablo llegó al palacio a las diez en punto en una carroza tirada por diez caballos oscuros., muy elegante, muy caballeroso, con su corbata negra, traje de paño inglés, sombrero de ala ancha y zapatos combinados. Saludó a las damas de beso ya los caballeros con una profunda venia. Se puso la mano en el corazón cuando chillaron las trompetas y dejó escapar una lágrima de fuego con el himno de la patria, Sin embargo, a la reina apenas le pareció un tomate bien envuelto.

No es posible —comentó, alarmada—. Con tantos pretendientes de todos los colores en el palacio, sólo a Paquita se le ocurre escoger un tipo colorado del mercado de las flores. Lo hace para llevarnos la contraria.

No parece mala gente —dijo el rey. Por la pinta se adivina que no es un pobre diablo.

y si se nos pone muy exigente? Más vale uno que den.

¿No será Pedro Navajas? insistió la reina.

Pedro Navajas, experto en disfraces, había engañado a más de cien muchachas. Según los rumores, había escapado a Panamá.

¿Tendremos que darles de comer a los caballos? —se preguntó la reina.

No le despegó el ojo al diablo, que fascinó a todo el mundo. El rey se tapó la boca con sus dedos para disimular el regocijo. El invitado, un caballero muy recorrido y todo un experto en la etiqueta de los más refinados círculos de Nueva York, París y Roma, dijo los mejores chistes, hizo las mejores bromas y bailó mejor que nadie. Las damas más esquivas habían sucumbido a sus encantos. Al caballero sólo le faltó sacar conejos de un sombrero. Los consejeros se retiraron satisfecho cuando el gato se acostó a sus pies y algunos pretendientes de inmediato hicieron las maletas.

Ver para creer, Abelardo: el diablo en el palacio —suspiró la reina esa noche en la cama.

- ¿Te enamoraste del caballero?

Ay, Abelardo, la sola sospecha me ofende.

Esta noche todos los esposos sospechamos lo mismo. La mitad de las mujeres que acudieron al palacio amanecería con él en el infierno.

Después de cepillarse los dientes, el rey acomodó la corona en la mesita de noche, pateó las pantuflas y se acostó.

Llevo veinte años diciéndote que no avientes las pantuflas.

Los mismos veinte que llevo diciendo que te calles, Juliana. ¿Vas a dar guerra esta noche?

Tengo una curiosidad, Abelardo. ¿De qué color serán nuestros nietos?

Eso no me preocupa. Yo soy blanco como la leche y nuestra hija es negrita como el carbón y no me preocupa.

- Habla pasito, nunca faltan orejas detrás de la puerta.

Todo el mundo lo sabe, querida.

¿yero si nacen con cola, Abelardo? Imagínatelos con cola y con cachos.

Los cachos no me preocupan.

¿Qué quieres decir, Abelardo?

El rey comenzó a roncar. Por lo menos en tres años no había roncado con tal sonoridad, en tal armonía. Alguien hizo una grabación que se vendió como pan caliente y cuyas regalías le sirvieron al rey para comprar tres vacas lecheras que mejoraron sus ingresos notablemente.

Los pretendientes comenzaron a desaparecer como por encarno. Unos se iban por su propia decisión y otros por el acoso del diablo. Los más tercos, enviados con la buena vida, dijeron que esperarían hasta el día de la boda. El diablo los tiró de los pies a medianoche, les sopló aire caliente al oído, les hizo cosquillas con él tenedor, hasta que sólo quedó uno.

¿Quieres que me case contigo? dijo el diablo, y le dio un beso de fuego.

El último pretendiente, con los pelos parados y el rostro encendido, hizo maletas y desapareció. El rey estaba encantado.

¿cuándo es la boda? —dijo.

¿Cuál boda? -dijo la princesa. El infierno se acabó.

¿Y el caballero?

El diablo sólo estaba de paso. Nunca fuimos nada. Vino a lo que vino y se fue.

Qué lástima -dijo el rey-. ¿Le diste las gracias por espantar a tanto espantapájaros?

Se lo agradecí y no puedo decirte más. Tampoco me interesa.

Se fue con el gato. Dijo que detrás del gato va su dueña.

Mariposas y golondrinas cruzaban la dulzura del aire. El viejo jardinero negro, a gatas, desyerbaba el jardín con sus manos desnudas. El sol estallaba en su frente sudorosa. En el centro del jardín, la estatua de cuando el rey era joven vigilaba el crecimiento de las flores. Un perfume delicioso subía hasta la ventana, desde donde el rey y su hija contemplaban el mundo extasiados.

—Qué mañana tan preciosa suspiró la princesa.

Y yo que creí que estabas feliz con todos los muertos de hambre —dijo el rey.

—No me dejaban eh paz ni para ir al baño, papito. De cualquier parte aparecía una mano con ganas de agarrarme. Ya no soportaba que me dijeran una vez más: "Mi negrita linda de sangre azul, ¿entonces cuándo?. Tenía que trancar puertas y ventanas para hacer la siesta. ¿No se supone que soy una bella durmiente? Más bella durmiente voy a ser con estas ojeras que todavía no se me borran? Ni siquiera dejaban. respirar, padre

mío. Hasta me escondían el gato. Tan despistado que eres, nunca te diste cuenta de nada. Me caían como moscas.

Algo olía mal en todo el reino.

No era tu hija, papacito, que usa perfume francés.

Ya sé que te bañas en perfume, Paquita, pero a los señores muertos de hambre se les olvidaba.

No me dieron ni un collar de fantasía. Debiste exigirles una inscripción, un seguro y mi presente.

Qué mañana tan preciosa, Paquita, tienes toda la razón —dijo el rey—. Y este mes nos va a sobrar mercado.

El jardinero negro salió del jardín con los brazos llenos de rosas para los jarrones reales. Le hizo una venia al rey y una sonrisa a la princesa.

Ambos, desde la ventana, le respondieron agitando la mano, como si el jardinero saliera de viaje,

No sabía elle te escondieran el gato dijo el rey.

Una vez. lo envenenaron, pero se salvó con leche y ajo —dijo la princesa—. Ahora que somos felices ya no hablemos de desgracias.

En ese momento tocaron a la puerta.

La reina acudió a abrir.

¿A que no saben qué cosa es?

—dijo el rey.

Un pretendiente —dijo la reina.

La princesa se agarró la cabeza con ambas manos.

—Me voy al infierno dijo.

Subió a su cuarto, preparó la maleta y salió corriendo.

EL CABALLO DEL PRÍNCIPE

LOS REYES DE Taganga vivían preocupados porque el príncipe Federico el Grande, el único heredero, todavía jugaba con el caballo pecosó y otros juguetes. El caballo sudaba debajo de la inmensidad del príncipe ciento veinte kilos repartidos en dos metros con diez centímetros. Grande y flojo, ni siquiera se atrevía a bañarse en el mar. Hasta las olas lo asustaban.

Déjalo, ya le llegará la hora decía la reina, un poco más tolerante.

De nada sirven las fiestas que damos en el palacio —decía el rey—. Vienen las más hermosas mujeres de todas las partes del reino y nuestro hijo no quiere bailar con ninguna.

Federico no baila muy bien.

Nadie se fijará en eso, querida, él es el príncipe., el futuro rey.
Es un príncipe cojo.

—Cojo, tuerto, manco, así será rey.
Te dije que no lo mandarás a la guerra.
Lo hice para que se hiciera hombre, Mar-tina.

Está bien, pero sólo nos devolvieron la mitad. Y no me digas Martina que me da picazón. —Le dije que se mantuviera en la retaguardia. Retaguardia, vanguardia., querido, el pobre no diferencia tales detalles.

De la guerra volvió muy asustadizo. —Cuando truena, se esconde debajo de la cama. ¿Te acuerdas que mando era chiquito vivía agarrado de tu falda?

Como si fuera ayer, querido.

Las fiestas continuaron en el palacio hasta la feliz mañana en que el príncipe se declaró enamorado.

--¿De quién? preguntó el rey, perplejo, con el vaso de jugo de naranja detenido a tres centímetros de la boca.

No sé su nombre --confesó el príncipe. —Al menos sabes dónde vive.

No lo sé.

¿Tienes un retrato?

No.

¿Qué tienes de ella?

El príncipe enseñó una pantufla.

—¿Eso es todo? dijo el rey—. Quítala de la mesa.

Hace tres noches que duermo con ella.

¿Con quién?

Con la pantufla de su divino pie.

¿Estás enamorado de una pantufla? —dijo el rey, todavía con el vaso detenido—. Siempre supe que eras un idiota, pero esta vez exageraste.

Déjalo hablar, querido —dijo la reina Tal vez Federico esté enamorado de la dueña de la pantufla.

Me la dio como recuerdo suspiró el príncipe y apretó la pantufla contra el pecho.

¿Qué más te dio? --dijo el rey.

Nada más.

¿Dijo que volvería?

Dijo que la buscara explicó el príncipe

Si la encuentro, se casará conmigo.

Manos a la obra —dijo el rey—. Quiero decir, manos a las patas de todas las mujeres del reino.

Odió manera de hablar se horrorizó la reina.

Todas las mujeres acudieron al palacio para probarse la pantufla. A muchas les quedó como anillo al dedo, pero eran gordas, como el príncipe; o tuertas, como el príncipe; o cojas, como el príncipe; o mancas, como el príncipe y él no quería un espejo sino un sueño.

¿No será que encontraste la pantufla en la basura y lo que quieres es seguir jugando con el caballo toda la vida? —decía el rey, cansado de la procesión de mujeres.

Dormía poco el rey. El parloteo de las mujeres lo enloquecía. Cuando alguna de las mujeres, nerviosa, regaba el café, todas las sirvientas acudían a limpiar, unas encima de otras. En el salón no cabía otra mujer. Se disputaban con tanta ferocidad el turno de probarse la pantufla que el salón parecía un campo de batalla. Las que venían de más lejos exigían un reposo de tres días porque habían llegado con los pies

hinchados. Algunas despistadas se presentaron porque pensaron que el palacio estaba ofreciendo empleos y, de todas maneras, estiraron el pie para probar suerte.

¿Qué haremos sin el heredero de nuestro heredero? —decía el rey todas las noches antes de colocarse el gorro de dormir—. Si las cosas siguen así, querida, tarde o temprano el reino pasará al mayor de los hijos de mi difunto hermano Pantaleón, y tá sabes que es peor que nuestro Federico. Al menos a Federico no se le escurren las babas ni come moscas.

Déjalo, ya madurará.

¿Cuándo? dijo el rey—. Tiene cuarenta atlas, Martina.

Pepe Grillo.

José del Carmen III, primogénito de Fernando Cataraiva y Carmen de la Vera Cruz. Te perdono la venia, pero no me muerdas las orejas.

Pepe Grillo, Pepe Grillo, Pepe Grillo. Martina la Bandida.

Ay, aquellos tiempos -dijo la reina. Yo era una bandida y tia saltabas como un grillo.

Por fin, otra mañana feliz el príncipe Federico el Grande despertó a los reyes con la noticia: había encontrado a la dueña de la pantufla. Dorotea del Carpio, la hija mayor de la cocinera del palacio, todavía buscaba la pantufla, cuando tropezó con el príncipe y le derramó un plato de sopa en el pantalón. No se acordaba del príncipe. "Soy sonámbula y tengo mala memoria", explicó mirando hacia arriba, hacia la cara de menso de Federico el Grande, El sol no le dejó apreciar su escasa belleza de caballo grande.

Dorotea del Carpio no era muy bonita pero tampoco tuerta ni coja ni manca y, lo más importante, sabía montar a caballo. Un poco pasada de kilos, se le notaban por delante y por detrás. Le gustaba dormir en la cocina, en la ceniza tibia de los fogones, y a escondidas le decían Culo Ceniciento.

—¿Usted es el que llaman Federico el Grande? —dijo—. Yo soy Dorotea del Carpio, pero me dicen Dorotea la Chiquita. La Grande es mi mamá, otra Dorotea del Carpio, experta en chicharrones de marrano.

¿Por qué no fuiste a probarte la pantufla? Estaba cuidando los marranos dijo Dorotea. ¿cuál pantufla?

La que me diste.

¿Por qué iba a dársela si apenas tengo dos? dijo Dorotea y soltó la risa—. Sería como darle la mitad de mi reino. Si se la di, estaba dormida. Ah, por su culpa llevo tres meses con una pata pelada.

No sabes el alboroto que se armó en el reino, hemos buscado hasta debajo de las camas.

Ahí es donde primero se busca. Si supiera cuánto busqué la bendita pantufla debajo de las camas, en la ceniza, en las marraneras. ¿Cuándo me la devuelve?

Te compraré tres docenas de pantuflas si te casas conmigo.

—¿Tres docenas?

Cinco, seis, siete docenas.

Sólo quiero una.

—Te traerán una docena de pantuflas de la bella Francia.

No tengo una docena de pies. Sólo quiero mi pantufla. ¿Usted es medio idiota?

Soy todo medio —explicó el príncipe.

Eso se nota.

Pero contigo estaré completo. Por si no lo sabes, heredaré el reino. Cásate conmigo y tendrás la pantufla y todo lo que quieras.

¿Es que tiene mucho afán?

Ni siquiera Dorotea la Grande se ha casado.

El afán es de mis papás.

Ellos ya se casaron,

El príncipe soltó la risa.

Qué risa tan bonita - dijo Dorotea

Parece una estampida de marranos.

Nadie me había dicho una cosa tan poética.

¿Me acusa de poética, señor? Sepa usted que no soy de ésas ni tengo ninguna enfermedad.

Dijo que nadie me habla dicho nunca nada bonito. Cásate conmigo, que me cogió el afán.

Para serle franca, señor, usted es el primero que me lo propone. ¿Qué tal si no me lo propone nadie más? Aprovechemos el afán.

Se casaron.

Desde entonces salieron a pasear juntos. en el caballo pecoso, que doblaba las patas como una araña y con la barriga casi raspaba el suelo. Los reyes vigilaban desde el bakán. La reina se veía feliz, pero el rey seguía preocupado.

Me pregunto si Federico sabe para qué se casó.

Déjalo en paz, Pepe Grillo —dijo la reina . Quedamos que se casara y ya se casó. La muchacha tiene cara de mensa pero no es. Ya verás cómo saca las uñas.

¿Y si sale más bandida que tú?

Por ahora sólo me preocupa una cosa dijo la reina.

¿Qué?

Tendremos que comprarles otro caballo.

1 995

LAS RAZONES DEL LOBO

NO ERAN BUENOS tiempos. Mi novia se fue a Nueva York, el gato se perdió y me pidieron el apartamento. Tres pérdidas en una sola semana. Me fui a vivir solo en el centro, en un hotel de mala muerte. Regalé unas cosas y boté otras.

Llegué a *La mitad del cielo* con una sola maleta y una máquina de escribir algo desbaratada.

Me encerré tres días. Dormía y comía, comía y dormía, nada más. Salí a comprar libros. De pronto se me arreglaba el ánimo. La plata no era mucha pero, regateando, conseguí unas maravillas en San Victorino. Entré a *Los tres mirlos* y pedí una taza de café en [a mesa del fondo, donde nadie me molestaría, una precaución innecesaria nadie me molestaría en esta ciudad espantosa.

Empecé a leer *La casa de las bellas durmientes*, de Yasunari Kawabata. Me habían hablado bellezas de esa novela y, no más en el primer capítulo, supe que tenían razón. Pedí otra taza de café. Entonces llegó el lobo.

¿Qué lees, hermano?

Lo miré por encima de los anteojos.

Vestía bien, con sombrero, bufanda y anteojos negros, con abrigo gris, camisa de seda y pantalones de lana, pero se veía que era el lobo. Lo imaginé fumando pipa al atardecer, contemplando el cerro de Monserrate. Aunque se veía bastante inofensivo, el corazón me saltaba como un sapo. Me pareció que se cuidaba las garras con esmalte transparente. Filosas garras, por cierto.

¿Te conozco?

Creo que sí —dijo el lobo, quitándose el sombrero—. Me escribiste una historia.

Eres el lobo feroz entonces.

Ya no me duele que me digan así.

"Ahora más que nunca soy el lobo del bosque, solitario y perdido, envenenado por la flor del desprecio", citó de memoria. Y no supe si reírme o salir corriendo.

•No te veo mal —dije, y pasé saliva.

Me he recuperado. Escribiste por ahí que ya no soplo y que los tres cerditos me apalearon. ¿Te parece que ya no soplo?

¿Ya no te vistes de mujer?

Abusas de tu suerte, hermano. Leí que estabas buscando un unicornio.

No creas en todo lo que lees dije—. Los unicornios no existen.

Pero sigues buscando.

Así es.

Te veo amargado, hermano.

Tengo deudas.

Le pedí un café. El lobo levantó las orejas, como si hubiese percibido un peligro, algo más allá de mi entendimiento. Giró la cabeza, husmeó, se mantuvo inmóvil durante dos o tres segundos y luego se tranquilizó. Saboreo el café y manifestó su aprobación.

Bonito lugar: no hay televisión —dijo, sin faltar a la verdad—. ¿Te has dado cuenta que todo mundo anda idiotizado con los partidos de fútbol?

Me contó sus andanzas. Le pedí otro café y dejé que terminara su cuento. La verdad es que quería seguir leyendo la novela. Kawabata mata lobo. Me

volví un intelectual —confesó—. Leo poesía y escribo. Asisto al taller del poeta Roca y desayuno con agua de rosas. Sólo me falta escribir una columna en una revista de vanidades. ¿Y qué tal?

Roca es un duro —dijo el lobo—. Desayuna con alacranes, siembra astromelias y repara paraguas.

Pregunto por los poemas.

—El dolor es la esencia de la poesía.

Hablamos de poesía. Me preguntó *si* conocía la obra de Pablo Neruda y mencioné sus veinte poemas de amor. Me sabía de memoria dos o tres porque servían para levantar novia

Qué va —dijo el lobo. Léete *Residencia en /a tierra*.

No lo podía creer. En vez de perseguir *presas* en el bosque o quebrarle el cuello a una oveja en un potrero, el lobo se dedicaba a las metáforas y otros retorcimientos del lenguaje. Tal vez terminaría escribiendo horóscopos o adivinando la suerte en el fondo de una taza de chocolate. Me pareció que sólo le faltaba un bastón para completar el disfraz de poeta. Le pregunté si se había vuelto vegetariano y respondió, horrorizado:

¿Qué te pasa, Arciniegas?

Entonces le solté la pregunta que tenía atravesada como una espina:

¿Y de Caperucita Roja?

Pensé que se pondría pálido o que se desmayaría, pero no. Pensé que me lanzaría un zarpazo para que no fuera tan impertinente. Corrí la *silla* unos centímetros por si tenía que salir corriendo.

Por ahí anda —dijo el lobo, sin ningún temblor—. Muy rica, muy orgullosa.

¿Sigues enamorado?

La traga se me pasó —dijo el lobo, poniéndose el sombrero—. Si la ves, no me has visto.

Y se fue como si nada. Me quedé preguntándome qué demonios quería. ¿Derechos de personaje? No vi que estuviera en apuros económicos. ¿Qué volviera a escribir su historia? Lo

escrito, escrito está. ¿Acaso se ofendió con mis preguntas? ¿O sólo quería hacerme ver que su vida no era una desgracia? Seguro que tenía alguna novia y era más o menos feliz. Extrañaría cada vez menos al lobo salvaje y sanguinario de otros tiempos. Lo imaginé revolcándose en la niebla de un bosque cercano para matar la nostalgia.

Seguí leyendo.

Entonces apareció la misma Caperucita Roja, sin capa ni caperuza, con unas botas altas, negras, brillantes, una falda diminuta y una delicada blusa con algunos botones sueltos. Preciosa. Absolutamente preciosa. Acababa de pintarse la boca.

¿Has visto al lobo, Arciniegas?

Me pregunté si_ traerla escondida alguna navaja. Le temía más a Caperucita que á lobo. Limpié los anteojos con una servilleta para ganar tiempo.

¿Te conozco?

No te hagas el menso dijo Caperucita ¿Lo has visto?

No.

Bonito lugar: no hay música, dijo Caperucita, con toda razón—. ¿Puedo sentarme?

La silla no es mía, pensé, pero no se lo dije. Además, se supone que estamos en un país libre y todo el mundo se sienta donde se k da la gana. Por supuesto —dije—. ¿Quieres café?

Me desvela. ¿Lo has visto?

Me hechizaron sus ojos. Me conmovieron. Caperucita estaba al borde del llanto.

Me has dado mala fama —dijo—. No soy una niña ingenua, lo sé, pero tampoco la mujer malvada del cuento. Y abandoné el chicle porque se me estaba agrandando la quijada.

Igual que el lobo, citó de memoria: "Así era ella, Caperucita Roja, tan bella y tan perversa".

¿Todavía soy bella? pregunté.

¿Qué quieres?

¿Dónde está?

Me hice el pendejo y pregunté:

¿Quién?

El lobo feroz.

Ya no le duele que le digan así, pensé.

Vino y se fue —dije—. No sé a qué vino ni te dejó ninguna razón. No sé de dónde vino ni para dónde se fue.

¿Lo juras?

Lo juro.

Escritores inútiles —murmuró sin mirarme,

Pensé que se marcharía de inmediato. Se quedó mirándome y me pidió que le enseñara la palma de la mano.

Larga vida —dijo, sin entusiasmo.

Y se fue.

Me quedé con la mano en el aire. Era el momento de un cigarrillo, pero había dejado de Fumar. Leí un párrafo. Volví a leerlo. Qué día más raro. Y qué personajes habitaban esta ciudad de espantos.

Solo falta que aparezca el gato con botas me dije—. O la bella durmiente.

Entonces apareció el enano. Ya le conocía la pinta de loco: zapatos rojos, pantalones a rayas, suéter amarillo con cuello en v, corbata de pepitas y el cabello pintado. Vino directamente a mi mesa.

¿Has visto a mis hermanos?

No.

•Tengo seis hermanos dijo el enano. Se reconocen a primera vista.

No he visto a ninguno.

¿Llevas mucho acá?

Corno dos horas.

¿Y qué lees?

La casa de las bellas durmientes.

DI escribiste que la bella *durmiente* era bizca?

Creo que sí.

—Qué vergüenza.

Miró a todas partes y arrugó la nariz.

Los tres mirlos, qué sitio —dijo, *con* fastidio. Ni siquiera hay un mirlo que haga *bull*

¿Aquí no ponen música?

Tampoco se levanta la voz —dije.

Ni siquiera hay televisión. Te estás *perdiendo el partido*. Van dos a cero.

—Leo.

Y qué.

No dije nada. ¿Para qué? Además, eran siete. No hablan salido en los periódicos hasta ahora pero, si todos eran tan arrogantes y se teñían los pelos, se podía esperar cualquier cosa, ¿De qué vivían?

¿Sabes algo de Blancanieves?

¿Qué dijo el caballero?

Pregunté si sabes algo de una tal Blancanieves.

•Muy poco,

—La tuvimos en casa. Buena persona. Nos dejó hace unos meses. Ya sabes. Encontró a su príncipe azul.

No supe qué decir.

Te dejo leer, Arciniegas. Que tengas suerte. ¿Suerte con qué? Con la vida, supongo. Con Las mujeres, con los gatos, con tos libros, con todo. El enano se fue y no quise leer más. Volví al hotel y me eché a dormir.

TRIUNFO ARCINIEGAS CUENTA...

Me gusta parodiar, volver a contar le contado, imaginar un sapo que nunca consigue convertirse en el príncipe que habita su corazón, un gato con botas que tiraniza a su amo, un país donde todos duermen de manera profesional, incluso ras bellas, dentro y fuera del bosque. Me gusta imaginar nubes sumergidas en et fondo del mar y peces muertos de sed, muchachas hechizadas por la luna y personajes que se liberan de las páginas para saborear el mundo de carne y hueso. Invento otro mundo, que sostenga el mío, y me permita continuar. Otro mundo que pretendo hermoso porque la sola belleza ya es una razón para vivir. Brujas y ángeles, dragones y gatos, unicornios y vampiros, me acompañan en [a búsqueda de libros y amores, imágenes y frases, sueños y dichas. Creo con firmeza que la imaginación sostiene al mundo.

MATEO RIVANO CUENTA...

Nací en Bogotá en 1978. Desde chiquito me gustaba dibujar, y como mi mamá era pintora me enseñó a pintar y a dibujar, entonces me la pasaba dibujando en donde estuviera. Estudié en la Academia de Bellas Artes de Florencia. Viví 10 años en Italia, trabajé en lo que pude para vivir y pinté mucho. En el 2008 volví a Colombia y acá hice varias exposiciones en ferias y galerías, también empecé a pintar murales y a hacer esculturas gigantes. Soy melómano y colecciono ¡discos viejos de todo el mundo. Gracias a este gusto, he logrado conocer a muchos músicos a los cuales les he hecho ilustraciones para las portadas de sus discos, entre ellos Frente Cumbiero de Colombia, Jorge Drexler de Uruguay, Quantic de Inglaterra, Ether de Italia. Actualmente vivo y trabajo en

"Caperucha Roja", la primera historia de este libro, fue escrita hace veinticinco años. A lo largo de este tiempo, aquel relato y los que lo acompañan han sido (leídos y releídos por miles de niños en Colombia y en muchos otros países de la región. Estamos frente a un cisco de la literatura infantil latinoamericana, que ahora regresa a los lectores en una edición revisada y aumentada por su autor: con la inclusión de "Las razones del lobo",

Arciniegas logra un cierre magistral de su proyecto. Al avanzar en la lectura, el lector se topará con personajes de los cuentos clásicos, parodias, humor y, sobre todo, con una escritura que lo atraparán desde la primera línea.

ISBN: 978-958-773-543-7